

MM-00690

240c

BIBLIOTECA DE EL NOTICIERO.

JUANA DE LEWARDEEN.

POR

ENRIQUE BERTHOUD.



MURCIA: —1880.

Tip. de EL NOTICIERO, calle de Lucas.

por su madre, hubiera sucumbido irremisiblemente. Ella le rodeó de una ternura tan llena de ingeniosa solicitud, supo hallar con tanto tacto los medios de dulcificar y distraer la violencia de su desesperacion, que dió alguna fuerza á aquella alma desesperada, dirijiéndose principalmente á los sentimientos religiosos de Samuel: le consoló del presente con la esperanza del porvenir: repitióle sin cesar por todos los medios y bajo todas las formas aquellas palabras divinas del maestro: «Bienaventurados los que padecen porque de ellos es el reino de los cielos.» Resignóse al aislamiento como los cristianos de los primeros siglos á los tormentos del circo, con la esperanza de las celestiales recompensas que Dios promete á los mártires.

Separado del mundo, y no esperando ya nada de él, poco á poco experimentó una necesidad imperiosa de soledad. Sus mas brillantes sueños de gloria y reputacion se obscurecieron y borraron como los esplendores de un rayo de sol se estinguen en las nubes negras y pesadas de una tempestad. La alteracion de su salud dió nueva fuerza á su necesidad de vivir lejos de los hombres y refugiarse en el reposo y en la obscuridad. Asi que no sin admiracion y sin pésame, supo que el doctor Cordier acababa de renunciar los diferentes cargos públicos que habia desempeñado de una

manera tan distinguida y tan útil. No se reservó mas que su título de médico de la Piedad. Un año despues lo renunció tambien como todo lo demas. Desde entonces ya no salia de su casa de campo: pasaba los dias enteros paseándose por su parque, entregándose en el recogimiento al estudio de la historia natural y sobre todo de la entomolójia. Su madre le secundaba con ardor en estos gustos tan conformes á un espiritu melancólico y una salud quebrantada. Dos años trascurrieron de este modo, sino los más felices de la vida de Samuel, al menos los más tranquilos. Sin deseos, sin esperanza, entregado á la ternura de su madre, mostrábase indiferente á todo, y solo vivia para la anciana señora y para el mundo misterioso y poético de los insectos. Estudiaba sus costumbres, pedia á la naturaleza el secreto de su organizacion, y frecuentemente hasta llegaba á triunfar de sus instintos. No trabajaba asi para adquirir gloria, no; jamás escribia nada de sus descubrimientos, y ni una sola vez concibió el pensamiento de publicarlos. Solamente por las noches hablaba con su madre y le contaba con su voz débil y apagada, las maravillas que habia descubierto. Jamás ha habido almas mas unidas que las de estas dos santas y nobles criaturas, trabajadas por el pesar y confundidas entre sí por una ternura mútua y sin límites. No tenian, por decirlo así, necesidad de

hablar una sola palabra para comprenderse. Bastábales un gesto, ó una mirada. Atentos á prevenir recíprocamente sus menores deseos, vivían el uno por el otro; existencia doble en que cada uno parecía haber hecho abnegación de su propia naturaleza, para no sentir ni probar sino por el ser que adoraba.

Ay! Este lazo que parecía eterno se desató bajo los dedos helados de la muerte. Una mañana halló Samuel á su madre tendida sin movimiento en un sillón. Dios la había llamado á sí, y los ángeles la habían llevado al cielo sin dolores y sin esfuerzos.

Samuel levantó los ojos al cielo como interrogándole si habría concluido igualmente para él el tiempo de las pruebas. Ay! fuéle preciso quedarse solo sobre la tierra.

Desde este día fatal que le había arrebatado á su madre, fuéle insoportable la vida del campo. Cobró tedio á sus estudios, y una actividad sin alimento se apoderó de toda su organización. Iba á la ventura por el sendero de la vida, desprovisto de objeto, abrumado de fastidio, y sin fuerzas siquiera para pedir consuelos al estudio. En esta situación de espíritu recibió la carta siguiente:

Nicolaasga 10 de julio 18...

«Querido doctor Samuel:

«Os debo mi muger y mi hija, á no ser por vos
«ambas hubieran sucumbido á la miseria y al su-
«frimiento. La condesa de Lewardeen no me ha
«dejado ignorar nada de vuestros grandes y ge-
«nerosos sacrificios. Sé que os disponiais à ofre-
«cerle vuestra mano, cuando Dios me ha reu-
«nido à ella. Habeis sido en esta cruel prueba lo
«que habeis sido toda vuestra vida, un hombre de
«valor y de corazon. Os he admirado, y os he
«compadecido como un hermano. Asi es que acu-
«do á vos con la certidumbre de obtener de vues-
«tro afecto un servicio importante. Cuento con
«vuestra promesa antes de haberla obtenido. Ami-
«go mio, voy á morir; no me queda esperanza al-
«guna de salvacion. Mañana, dentro de una hora
«tal vez, habré sucumbido. Ni una queja saldria
«de mis labios, sinó viera al lado de mi lecho de
«muerte á mi viuda y mi hija que dejo sin protec-
«tor, y casi sin fortuna. — Mi padre no me habia
«dejado mas que una herencia en litigio, con dos
«procesos que he perdido. He querido recurrir à
«especulaciones comerciales que se me han frus-
«trado. Hoy Samuel, no me queda mas que una
«miserable renta que no resistiria à una adminis-
«tracion sin experiencia. En fin, mi hija, mi que-
«rida Juana, aunque todavia no es más que una

«niña, me inspira vivas inquietudes por la sensibilidad excesiva de su corazón, y por la exaltación apasionada de su carácter. Su madre la ama con demasiada debilidad para saber dirigir esta cabeza ardiente. Sed un padre para ella, amigo mio; tomadla bajo vuestra protección, yo rogaré por vos en el cielo omnipotente ante el cual voy á comparecer.

Wilhem, conde de Lewardeen.»

Una hora despues de haber recibido esta carta, el doctor Samuel Cordier, se puso en camino para la Holanda. Ocho dias no habian transcurrido cuando entrò en la casita del conde.

El agonizante no habia aun exhalado el último suspiro, cuando llegó el amigo que habia llamado á su lado. Le alargò la mano, levantó los ojos al cielo, señalò con su mano desfallecida á su muger y á su hija, mostrándolas al doctor que no pudo contener sus lágrimas y espiró.

El doctor no habia vacilado en dejar la Francia para obedecer á un amigo; tampoco vacilò en fijar su domicilio en Holanda, donde habia muchos desgraciados á quienes podia consolar. Inmediatamente escribió á Francia encargando á uno de sus amigos, que realizase su escasa fortuna despues de lo cual se instaló en un cuarto de la casa que daba al jardin, y principió desde luego alle-

nar los nuevos deberes que acababa de imponerse. Salió á buscar al cura del pueblo.

Era este un anciano sencillo y bueno que secundó maravillosamente á Samuel en su triste misión para con Atanasia y Juana. No trataron de consolarlas sino lloraron con ellas, hallando en esta participacion de su dolor una resignacion piadosa, que sin disminuir su pena, dulcificaba á lo menos su aspereza. El mismo Cristo ese mártir divino no quiso llevar solo la cruz que subió al Calvario.

Cuando se tributaron los últimos deberes al conde, el doctor Samuel trajo á la casa un nuevo consolador, el trabajo. Invitó dulcemente con sus exhortaciones y su ejemplo á las dos pobres mujeres desconsoladas á que no se dejaran arrastrar de la desesperacion, y á que le opusieran el estudio. Exhortábalas para mas comprometerlas en nombre del que ellas lloraban. El mismo se dejó coger por sus propios argumentos y sintió renacer en su alma un amor á la ciencia que ya creia estinguido. Poco á poco, la condesa y su hija principiaron á reanimarse y á salir del sombrío abatimiento en que las habia sumergido el golpe cruel que con tanta razon lamentaba. La imaginacion viva y poética de Juana, no tardó en llenarse de admiracion hácia las maravillas de la naturaleza ante las cuales se extasiaba el buen doctor. Los mi-

lagros que releva el microscópio, los mundos infinitos que oculta la yerba de los prados, el terron de los campos, y la piedra del rio, le revelaron mil pormenores romancescos, ante los cuales nada eraa los prodigios mas increíbles de los cuentos de brujas, referidos por la noche por las supersticiosas viejas de la Frisia. Juana secundò á Samuel en sus investigaciones, y le acompañó en sus incursiones. Despues de un dia de fatiga y de paseos, la condesa los veia volver con la frente bañada en sudor, y los ojos brillantes de alegría. Tan pronto era una planta rara con que habian enriquecido su hervario, como un insecto precioso que traian vivo á fin de estudiar sus costumbres.

Esta resistencia de movimiento, y de placeres á la vez puros y apasionados, volvió la salud á Samuel y dió á Juana una gracia y una ligereza indecibles. La palidez habia desaparecido de las facciones laceradas del doctor. No parecia ya un viejo encorbado y abatido; era un hombre de cuarenta años, ligero de pie seguro y atrevido, que hubiera desafiado al mas infatigable andarin del pais. y que sabia escalar una roca, conducir una barca, y manejar los remos, mejor que ningun marinero de Harlingen ó de Lemmer. Juana le secundaba con un ardor sabio lleno de audacia. Frecuentemente se embarcaba sin medio con su

—11—

amigo en una pequeña chalupa, y recorría con él las costas de la Frisia sin cuidarse de las olas caprichosas, peligrosas y cortas del Zuyderzée. Mientras Samuel bogaba al remo ó dirigía las velas, ella manejaba el timon, sin que los relámpagos ó las amenazas y furores de una tempestad turbasen su presencia de espíritu y disminuyesen la seguridad de su mano. Antes al contrario, recibía un vivo placer en estos juegos peligrosos: Samuel se sentía sobrecojido de admiración cuando la veía sentada en la popa, desafiando la cólera del Zuyderzée y dando botes sobre las olas como una divinidad marina.

Juana habia adoptado para estas escursiones el traje de las mujeres del pais que habitaba. Un zagalejo corto de lana encarnada, dejaba á sus pies entera libertad de movimientos y no le molestaba para trepar por un mòdano, ni para saltar uno de esos fosos estrechos que entrecortan á cada paso los pantanos de la Frisia. Una especie de chupa negra de largas faldillas, dibujaba su talle esbelto y flexible, y hacia bajar sus mangas estrechas un poco mas bajo del hombro, lo bastante para cubrir la estremidad de los brazos que quedaban de este modo libres y desnudos. Pero lo que daba á este traje mas riqueza y originalidad, era sin contradiccion el peinado. Consistia en una verdadera corona de oro que coñia con un ancho

circulo la cabeza de Juana, cerrándose sobre la frente por medio de un broche rico de diamantes. Además de esta corona flotaba un rico gorro de encajes cuyos anchos pliegues caian hasta sus hermosos hombros que ningun otro velo ocultaba. Cuando queria guardarse de las lluvias repentinas y caprichosas tan frecuentes en la Frisia, ó contra las lividas y espesas nieblas que salen como fantasmas del seno de los pantanos, se envolvía en una gran capa de paño blanco, cubriendo su cabeza con el ancho capuchon. Su madre al verla volver, despues de un dia de excursion, apoyada en el brazo de Samuel, envaneciáse y se consideraba feliz; sonreíase tristemente, la aproximaba à su pecho, la abrazaba con efusion y alargaba la mano à Samuel.

Sin embargo, ninguna alusion à lo pasado, ningun proyecto para el porvenir habian hecho en sus conversaciones el doctor y la condesa; vivian en esta felicidad, tal vez sin atreverse ni uno ni otro, à volver la cabeza atrás ni pensaren el porvenir. Samuel evitaba leer en su propio corazon, y procuraba hacerse indiferente à sentimientos que tal vez no hallaba conformes con sus deberes. La condesa tuvo mas valor. Un dia que el doctor trabajaba solo en su gabinete de estudio y Juana estaba ocupada en los quehaceres de la casa, se presentó à Samuel. Al verla no pudo re-

primir un temblor, y una ligera palidez descompuso sus facciones, por que comprendió que la viuda de Wilhem venia á hablarle de asuntos sobre los cuales, como ya he dicho, jamás se habia atrevido á detener su propio pensamiento.

—Doctor, le dijo con la sonrisa meláncolica que le era habitual, vengo hablaros de cosas graves y que interesan á nuestra felicidad....

Samuel sintió latir vivamente su corazon, y llevó la mano á su pecho, como si hubiera experimentado un dolor agudo.

—Sí hubiera vacilado un momento, continuó la condesa en daros las esplicaciones que vais á oir, vuestra turbacion y vuestra emocion me confirmarían en mi designio. Escuchadme, pues, amigo mio. Ya sé que me amais con tierno afecto: un dolor casi mortal os desgarró el alma cuando por una peripecia inesperada nos vimos separados en el momento de unirnos para siempre...

Samuel inclinó le cabeza en señal de asentimiento.

—Desde el dia en que os comprometisteis tan generosamente á ser mi protector y el de Juana, he interrogado cuidadosamente á vuestro corazon y al mio. Samuel, jamás he hallado en el mio sino una amistad de hermana, tierna desinteresada, dispuesta á todos los sacrificios para asegurar vuestra felicidad...

Se detuvo un momento. Samuel oyó en silencio sin interrumpirla, y la condesa añadió:

—Vos mismo, amigo mio, no sois ya más que un hermano para mi, vuestra ternura, despues de tantos padecimientos, había tomado un carácter fraternal, y sin que lo sospecháseis tal vez, habeis sufrido la influencia de una pasión profunda, y que ha sido correspondida desde el primer día, con una adorable y candorosa ignorancia. Si, amigo mio, Juana os ama: y si pudiéseis conservar la menor duda sobre este particular, su madre os lo asegura... los ojos de Samuel se llenaron de lágrimas; cogió la mano de la condesa y la llevó á sus labios.

—Sed, pues, feliz, replicó la condesa con mi hija, á quien hareis feliz, porque si asiste alguna desproporcion de edad entre ella y vos, desaparece ante el imperio que ejercéis sobre ella, y ante la ternura que le inspirais. Además, esta diferencia de años, es quizás indispensable para daros sobre ella el ascendiente y el respeto, sin los cuales serian mal dominadas su imaginacion ardiente, y la exaltacion de su espíritu. Su gratitud hacia vos, y la superioridad de esperiencia que reconoce en vos, no entran por poco en la ternura que le inspirais. Dónde hallará ella un marido que sepa amarla con mas abnegacion personal? Que la guie con mas seguridad en la vida? Vos sereis á la vez pa-

ra ella, un padre, un hermano y un amante. Yo seré para los dos una hermana y una madre.

Samuel enternecido se arrodilló delante de la condesa.

—Voy á anunciar estas felices nuevas á vuestra desposada, dijo levantándole del suelo, y dejándole conmovido hasta el punto de no atreverse á creer en su felicidad.

Algunos instantes despues volvió con Juana. Esta sin fingida vergüenza se adelantó con los ojos bajos hácia el doctor. Cuando llegó cerca de él, alzó las largas pestañas de sus párpados, y dejó caer su mano, en la mano de Samuel.

—Dios recibe vuestros juramentos, dijo entonces la condesa, vuestro padre que os ve en los cielos, os bendice y aprueba esta union. Dentro de tres meses, hijos míos, os unirá el sacerdote.

Desde este momento hubo más felicidad que antes en la linda quinta de Lewardeen. Al primer golpe de vista, nada parecia haber cambiado; pero examinando de más cerca á los desposados, era fácil ver que se habia establecido entre ellos sin saberlo, una reserva llena de misterio y de ternura. Sus escursiones fuera, eran menos largas y menos frecuentes y aun parecia que evitaban las ocasiones de allarse solos con tanta frecuencia como antes. En fin, cuando la noche los sorprendia juntos en el campo, apresuraban involuntaria-

mente el paso. Jamás hacían alusión alguna a su casamiento próximo y á su deposorio. Solamente Juana se ruborizaba algunas veces y no se atrevía á levantar los ojos, porque lo comprendía, y Samuel tenía fijas sus miradas en ella. La condesa era feliz con sus emociones y su dicha; aplaudíase por el sacrificio generoso que había hecho con tanto valor, y que había exigido más fuerzas y más resolución de la que había confesado al doctor. Ahora recibía la recompensa de este sacrificio y si algún pesar involuntario venía á oprimir su corazón tomaba su biblia y oraba, y no tardaba en sentirse fuerte y consolada.

Juana se entregaba francamente al cariño que profesaba á Samuel. Quizás un análisis riguroso hubiera negado el nombre de amor á la ternura que experimentaba por su deposado. Pero las emociones misteriosas que enagenan á una joven al aproximarse la existencia de casada que va á abrirse para ella, le causaban ilusión. Además, Samuel, no era el único hombre que podía amar y con quien podía unirse? Al compararlo con todos aquellos que la rodeaban, no le hallaba de una superioridad incontestable sobre todos esos rudos campesinos que pasaban su vida fumando y que no sabían comprender más que la educación de las bestias, los trabajos de la agricultura, y la extensión de terreno que una dote puede dar al labrador

que se casa? Solo Samuel comprendia la poesia de aquella jóven cabeza y le daba una vida conforme á las necesidades de su educacion y de sus gustos. en cuanto á Samuel, amaba perdidamente á Juana, entregábase con tanta mas vehemencia á esta pasion, cuanto que hacia largo tiempo que procuraba reprimirla. Quizás exajeraba el verdadero valor del afecto de Juana; una palabra, una mirada suya, le sumergian en un paraíso de felicidades dignas del cielo, Marchaba en medio de tanta felicidad con un verdadero entusiasmo que le quitaba casi el uso de su razon. No tenia mas que un pensamiento complacer á Juana, rodearla de mor, y realizar sus menores deseos, aun antes de que ella tenga tiempo de formarlas. De esto resultó que la jóven se apoderó sin notarlo de la autoridad que hasta entonces habia ejercido sobre ella el doctor. De un maestro á quien veneraba, y cuya superioridad reconocia, hizo un esclavo sumiso, un fanático, siempre arrodillado delante de su ídolo. Tal era, un mes despues del dia de los esponsales, la situacion moral de la condesa, de su hija y del doctor.

—Era ya á fines del mes de setiembre. La Frisia tomaba el carácter melancólico que le es propio, y principiaba á ver caer en ligeros torbellinos las hojas de los árboles ya amarillas y que el viento llevaba al través de los campos por la mañana

lo mismo que por las tardes; espesas neblinas oliendo á turba, se exhalaban de los pantanos y de los canales para esparcir en todo el pais su epidemia anual de fiebres interminantes. El doctor no podia atender á todos los enfermos que reclamaban sus cuidados. Se le veia sin cesar ir de una quinta á otra, para llevar sus consejos. Juana le acompañaba de ordinario en estas incursiones. Distribuia á los pobres las medicinas que no podian pagar, y no salia de una cabaña sin dejar en ella para los niños, vestidos que los pusiesen al abrigo de la humedad fria y p rfida da las nieblas.

Tan pronto llenaban á pie de estas caritativas misiones, tan pronto montaban dos pequeños poneys de Escocia, comprados por el doctor y que formaban un estra o contraste con los enormes caballos de la Frisia de andadura lenta, y formas atléticas. Se habian habituado todos hacia largo tiempo á ver sin cesar juntos á Juana y al doctor, en términos que entraban en cuidado cuando Samuel llegaba solo á una quinta. Además el ruido de su próximo casamiento se habia divulgado en el pais, y todos aplaudieron esta noticia, aunque no se admiraron de ella, porque nadie hubiera pensado en ver á la jóven casada con otro que no fuese el doctor: tanto parecia haberlos formado Dios el uno para el otro.

Por lo demás, sabian aprovecharse de estas escursiones para sus estudios de historia natural. Frecuentemente Samuel recogia en las húmedas orillas de algunos fosos numerosas lucièrnagas, que colocaba en la frente de Juana como una diadema de estrellas vivas. Al verla pasar de este modo coronada, los aldeanos se sonreian y decian; parece un ángel!



II.

Un Estrangero.

Mientras la epidemia de las fiebres intermitentes hacía estragos horrorosos en la Frisia, aconteció que el médico de Slooten cayó enfermo de tanta gravedad que tuvo que guardar cama. Este médico era un anciano muy práctico, que estimaba mucho á su compañero de Nicolaasga. Dirigióse pues naturalmente al doctor Cordier para suplicarle que se encargase de su clientela durante su enfermedad. Samuel aceptó sin vacilar este exceso de trabajo, y Juana resolvió compartirlo con él. Partían antes del amanecer, y no volvían frecuentemente á Nicolaasga, sino hasta muy entrada la noche: la mayor parte del tiempo, los desgraciados enfermos de esta aldea, esperaban con

ansiedad la vuelta del que estaban acostumbrados á mirar, en las épocas de trabajos y vicisitudes, como á su ángel tutelar. Una noche que Samuel y su desposada se retardaron mas de lo acostumbrado, resolvieron dejar en Slooten sus caballos fatigados, y volver á su casa atravesando el lago de Treuke. Un barquero les ofreció su barquichuelo de dos remos, y ellos se apresuraron á meterse en él, porque la niebla principiaba á salir de los pantanos en tanta abundancia que no podían romperla los rayos de la luna. Veíase al astro como un disco de hierro encendido, al través de esta espesa cortina, que parecia sólida, y que impedía materialmente ver delante de sí. A no ser por la larga experiencia de los barqueros, y sobre todo por el conocimiento exacto y rutinario que tenía del lago, no se hubieran atrevido á fiarse de él y de su débil embarcacion en un pequeño mar de dos leguas casi de estension que no deja de tener sus tempestades, sus escollos, y sobre todo sus bancos de arena. El viejo pescador despues de haber encendido su enorme pipa, se puso á bogar sin ver por donde, como si una venda hubiera cubierto sus ojos. Las dos personas que conducía notaron sin embargo que habia atado á los costados de su navecilla dos pequeños escudos de madera de que sirven en el pais para impedir que se sumerjan los barcos. Durante los temporales,

estos escudos obran poco mas ó menos como un paracaídas, si el barco amenaza zozobrar, se abre como aletas, se extienden sobre las aguas y sostiene al débil esquife en la superficie.

Juana envuelta en su ancha capa de lana blanca, y con la cabeza cubierta bajo un ancho capuchon se sentò en la popa; Samuel se colocó casi á sus pies en un banquillo. En esta posicion, hallábase á la vez cerca de su amada, y en la posibilidad de acudir presto en auxilio del bogador si este socorro fuese necesario. El barco marchó durante un cuarto de hora poco mas ó menos con una celeridad y arrojo que atestiguaba la seguridad del anciano encargado de las dobles funciones de remero y de piloto. A pesar de la fatiga de su maniobra, heria con ardor las aguas, que comenzaban á removerse, y gorjeaba con voz baja, pero firme el canto monótono que emplean los marineros holandeses para arreglar los movimientos de los trabajos marítimos. Juana inmóvil, se dejaba llevar de sus meditaciones, mientras el doctor reclinaba dulcemente su cabeza fatigada, sobre las rodillas de su amada. El ruido del viento, y el murmullo de las holas, se mezclaban solamente al canto melancólico y monótono del viejo. Con sus pasajeros mudos, esta barca, que atravesaba así, con una linterna en la proa los limbos y las tinieblas blancas del lago, hubiera parecido desde la

ribera á las miradas de un transeunte, si mirada humana hubiera podido verla, el barco fúnebre del ángel de los muertos conduciendo á los abismos del Zuyderzèe la lamentable carga de almas condenadas.

Aquella tristeza profunda, aquella soledad en medio de las aguas, no carecian de un encanto salvage al cual se entregaban Juana y Samuel. Este pensando en lo pasado, la otra soñando en el porvenir, dejábanse llevar á merced de su imaginacion, cuando de repente un choque espantoso conmovió la varca que irremisiblemente hubiera zozobrado, sin los dos escudos que la sostuvieron. En el mismo momento se oyó un grito penetrante, era la voz de Juana que pedia socorro. El choque de la barquilla la habia precipitado en el lago.

Por un movimiento rápido y desesperado se lanzó Samuel para socorrer á la jóven. Habia en este movimiento mas instinto que discurso. Juana sabia nadar, é importaba mucho mas dirigir la canoa hácia ella para que pudiera subir, que ir á prestarla un socorro inútil y tal vez peligroso. Pasado el primer espanto que le causó su caida, se puso á nadar en direccion de la barca, de cuyo borde no tardó en asirse, á pesar de la incomodidad que le causaba su ancho zagalejo, y los inmensos calzoncillos que llevaban las mujeres fri-

sonas, y que empapados en agua tenían un peso sumamente incómodo.

Entre tanto, desesperado Samuel, nadaba á la ventura sobre el lago. El espesor de la niebla no tardó en ocultar á sus ojos el farol de la barca, y se halló perdido en aquel inmenso desierto de agua no sabiendo qué direccion seguir, y llamando á Juana con una voz que sofocaba el ruido del agua. Durante un cuarto de ora se agotaron sus fuerzas en aquella lucha terrible contra los elementos. Sus brazos oprimidos y embarazados por los vestidos llenos de agua principiaban á perder su fuerza y su razon le abandonaba. Ya iba á sucumbir cuando oyó un chillido. Era la señal que acostumbraba á dar Juana cuando separada del doctor en alguna excursion, queria atraerlo á su lado. Aquella voz querida le reanimó: nadó hácia la parte del lago, hácia donde habia oido el llamamiento, y gracias á Dios, algunos minutos despues pudo llegar á donde estaba la barca, y cogerla con sus manos desfallecidas. El barquero y Juana se inclinaron hácia él, lo ciñeron con sus brazos y lo izaron á la canoa. Era tiempo, pues acababa de perder el conocimiento.

Juana se apresuró á dar á su amigo los socorros que su situacion exigia; pero no era empresa fácil volver á un hombre á la vida en una barca que las olas combatian rudamente y en medio de

una obscuridad profunda. Juana sentia tambien el frio de sus vestidos mojados de agua, helarla hasta el corazon y dejarla casi desfallecida. En fin, para colmo de desgracia, el barquero confesó que el desórden causado por el accidente ocurrido recientemente le habia desorientado del todo, y no sabia ya hacia que lado dirijirse.

—El partido mas prudente, añadió por forma de conclusion, seria mantenernos en el sitio en donde nos hallamos hasta que el dia nos permita reconocer en qué parte del lago nos ha traído la casualidad. Queror continuar nuestra ruta á la ventura seria esponernos á un peligro cierto. Los bancos de arena, que abundan á flor de agua en el Treuke, no dejarían de hacernos naufragar, si nos halláramos en medio del lago. En el caso en que las olas no se hubiesen conducido cerca de la orilla, podemos temer ver romperse nuestra barca contra las grandes piedras de los diques.

A estas terribles palabras sintióse Juana abandonada por su valor; pues comprendió todo el fondo de verdad que encerraba el aviso del marinero, y sin embargo esperar la llegada del dia era decidir la muerte del moribundo que ella tenia en sus brazos.

—¡Dios mio! exclamó, ¡Dios mio! ¿me abandonareis? ¿no os compadeceris de Samuel?

Hablaba todavía cuando un choque, casi tan

violento como el primero, conmovió de nuevo la barca é hizo caer sobre el cuerpo inanimado de Samuel á la jóven arrodillada á su lado.

— ¡Nos hemos salvado! exclamó el anciano. Es un barco! Y juntando las manos al rededor de sus labios para formar una bocina, llamó y pidió socorro.

— Se trata de la vida de un hombre, gritó con todas sus fuerzas.

Viéronse entonces aparecer muchas luces en el barco y una voz respondió:

— ¿Quién sois, y qué pedis?

— Un hombre se muere aquí en mi barco, es el doctor Samuel Cordier; la señorita Juana le acompaña.

Apenas se habia pronunciado el primero de estos nombres, cuando se parò el barco de repente y no solo arrojaron cuerdas á la chalupa, sino que amarraron faroles en la punta de dos palos para facilitar el embarco. Un viajero que parecia tener 50 años, echó la ancha capa que le envolvía para ayudar á recoger sobre el puente y á descender á la cámara al doctor que continuaba sin movimiento.

Al ver este desconocido á Juana, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y de admiración.

La hermosura de la jóven, la singularidad de

su vestido, y sobre todo el desórden que en este vestido habia causado el naufragio, justificaban esta sorpresa y esta admiracion. Sus vestidos chorreando agua, ceñian su cuerpo en pliegues largos, pesados y acentuados con vigor como los de una estatua del siglo XIV. Su cabellera, esparcida sobre sus hombros, solo conservaba de su tocado la corona de oro del *Kap-oor*. En fin, sus piecitos, de una perfeccion ideal, se destacaban blancos y desnudos sobre las tablas negras y breadas del barco. El pensamiento de una ondina saliendo de su morada azulada, asaltaba naturalmente á la imaginacion: el capitan del barco, viejo marino católico, no pudo menos de hacer la señal de la cruz, preguntándose á sí mismo si tendria que habèrselas con una de esas hadas pèrfidas que toman por las noches, voz y facciones humanas, y que se sirven de una semejanza engañadora para perder á los marineros, dejarse recoger por ellos en sus barcos, y arrastrarlos con seguida á las aguas. Pronto desechó estas ideas al reconocer en el cadáver, sobre el cual lloraba Juana, al médico, è quien debia la salud, y tal vez la vida de sus hijos.

El extranjero, despues de haber cedido á un primer movimiento de sorpresa, se apresuró á secundar á Juana en los cuidados que prestaba al enfermo. Desembarazó á Samuel de sus vestidos

mojados, lo envolvió en su propia capa, y le dió á respirar espíritus. Pronto reanimado por el calor y por la acción del álcali, el doctor abrió los ojos y pronunció el nombre: el de Juana.

Esta le contestó con sollozos. Fuerte, y animosa mientras fué preciso combatir el peligro y la desesperación, sucumbía ahora á la alegría.

Samuel cogió la mano de la joven y la llevó á sus labios.

—Ya estais completamente tranquila, respecto á la suerte del doctor, interrumpió el desconocido á quien parecia penosa aquella tierna escena; ahora os suplico, señorita, que no espongais mas tiempo vuestra salud: podeis pasar al pabellon del barco, donde, á falta de vestidos mejores, hallareis al menos un traje de aldeana frisona, que compré por curiosidad en Lemmer, y el cual os sustraerá á la peligrosa influencia de las telas mojadas que os cubren. Si el señor doctor tiene á bien pasar á mi guardaropa, allí encontrará todo lo que necesite.

A estas palabras Juana echó sobre si misma una mirada rápida, y sus mejillas pálidas se cubrieron de un ligero rubor al ver el desorden en que se hallaba delante de un desconocido. Apresuróse á bajar á la cámara del barco, donde halló en efecto un traje de frisona, que supo ajustar á su talle, y dispuso con la coqueteria involuntaria

que no pierden las mujeres aun en las circunstancias mas graves. Secò el agua que mojaba sus cabellos, y los atò de nuevo bajo su corona de oro; en fin, echó, sobre sus hombros una eapa hecha de ese grueso paño encarnado que sirve para fabricar las camisas de los marineros, y se apresuró á volver al lado de Samuel. Todavía le halló débil, si bien su estado ya no inspiraba ninguna inquietud.

Una hora despues, tocaba el barco la orilla de Nicolaasga, precisamente en frente de la casa de la señora de Lewardeen. El dia principiaba á rayar: una ráfaga de viento arrebató de repente como por mágia, la espesa niebla que obscurecia la atmósfera. Entonces el desconocido pudo distinguir la linda casita construida de ladrillo, la cual coronada de vides y de pámpanos, se destacaba en silueta de pùrpura obscura, à los rayos brillantes de la aurora.

Juana se adelantó hàcia él:

—Mirad, señor, le dijo, la casa de mi madre. Esta noche nos habeis concedido en vuestro barco una generosa hospitalidad; un proverbio frisíon dice, que las noches son malas para el que habiendo recibido un beneficio se muestra desagradecido. Dejádnos pues, probaros el nuestro. Hemos turbado vuestro sueño toda la noche; venid á tomar un poco de reposo bajo el techo de mi madre, que se considerará feliz, mañana, al espresaros su

vivo reconocimiento por los servicios que nos habéis prestado.

Y como el desconocido vacilase alegando varias excusas, continuó Juana con las más afectuosas instancias:

—No podeis evadiros: son las cinco de la mañana y antes que encontreis caballos para engancharlos al coche que veo sobre el puente del buque, deben trascurrir indudablemente cinco ó seis horas. Los establecimientos de postas, son raros en Frisia, señor: de Nicolaasga á Hereveen, la distancia es larga, y sobre todo penosa. Podeis esperar en casa de mi madre, y tal vez alcance de vos una estancia menos corta: parece que estais enfermo ó al menos fatigado; nosotros procuraremos cuidaros y proporcionaros el reposo que necesitais.

Fácil era leer en las facciones del desconocido el canto que le causaba la voz melodiosa y la hermosura de Juana.

—No podria resistir al menor de vuestros deseos; ya soy vuestro huésped, os pertenezco, disponed de mi á vuestro talante y albedrio.

Juana le presentó su brazo en el cual se apoyó, conduciendo con infantil alegría, a una linda pieza donde bastaron algunos minutos para instalar al desconocido de la manera mas conveniente.

—Ahora, dijo Juana, luego que sirvió á su hués-

ped un ligero desayuno, compuesto de huevos, frutas y laticinios, oigo á mi madre que se despierta y voy á anunciarla la buena fortuna que le ha venido durante su sueño; voy á participarla la llegada de un huésped.

Escapóse ligera como un pájaro, y tan rápidamente que pasó por el lado de Samuel y no le vió. Este no pudo reprimir un suspiro, y entró en su cuarto lleno de inquietudes vagas y tristes presentimientos.

Cuando Juana se marchó, el desconocido examinó curiosamente la habitacion en que le habia instalado la jóven. Era una piececita forrada toda de papel, en el que estaban pintadas diferentes escenas de la vida rústica, y paisajes del Japon. Algunos instantes pasó distraído contemplando la destreza con que el artista habia sabido reproducir los trajes, las telas y la espresion de las cabezas. Al dirigir la vista á las ventanas, notó que no tenian cortinas de tela, y solo una de resorte de juncos pintados, trabajada igualmente en el Japon, y la cual las velaba, cuando por casualidad el pálido sol de la Frisia penetraba con demasiado ardor al través de los vidrios de color de rosa. Quiso abrir esta ventana que resistió largo tiempo á sus esfuerzos: al fin descubrió que se levantaba entre dos muescas por medio de contrapesos ocultos. Estos resortes estaban combinados de modo

que permitiesen una abertura de un pie de alto todo lo más. En Holanda el aire es la cosa de que parece se tiene menos necesidad; diríase por el contrario al ver la disposición de las habitaciones y de las ventanas, que el arquitecto ha procurado ante todas cosas, combatir las frías y peligrosas influencias de una atmósfera cargada de miasmas pútridos.

Si las ventanas no tenían cortinas, en cambio ricos tisús de la india bordados de animales fantásticos rodeaban una alcoba de ébano, ricamente esculpido, y apenas dejaban entrever la cama que cubría una colcha de la misma tela. Los muebles eran de una forma mas original que fuerte. Un rico tapiz de Esmirna cubría el pavimento cuyo ligero olor de resina revelaba el origen septentrional; en fin, en una deliciosa jaula de marfil, obra maestra de delicadeza y de paciencia china, movíanse dos bengalis y lanzaban de vez en cuando su pequeño grito melodioso y tierno.

Juana había servido el desayuno en una mesa de laca: la bandeja que lo contenía, estaba cargada de preciosas porcelanas, y el desconocido observó que los adornos de la chimenea se componían igualmente de vasos del Japon de una dimensión y de una riqueza con las cuales no pueden competir los mas ricos productos de las fábricas reales de Sevres.

Salió de este cuarto para bajar al jaadin. La escalera era de caoba maciza: las paredes del corredor estaban cubiertas de mármol de Paros de estremada blancura. Una lámpara de cobre del siglo XV con sus flores sabiamente recortadas, reflejaba sobre aquellas tersas paredes una luz vacilante que hacia pálida la claridad del día, y que parecía matizarlas de púrpura, de oro y de diamantes. Para bajar al jardín era preciso descender igualmente una graderia de mármol desde donde se descubria un espectáculo maravilloso y lleno de poesia.

A derecha y à izquierda se estendian inmensas praderas de un verde luminoso que iban á confundirse con la bruma del horizonte, y mostraban de distancia en distancia, canales, molinos, rebaños, pastos y cercados. Los altos palenques cruzados de un mammoth antidiluviano, formaban la puerta de cada cercado, ó indicaba las riquezas geológicas que encerraban aquellos aguazales conquistados à la naturaleza por los trabajos del hombre. En frente perdiase la vista en la inmensidad del lago, ó más bien de la mar de Treuke; pues tal es el nombre que con justo título dan los holandeses à aquellos vastos planos de agua cuyas dos orillas no puede abarcar la vista, y que han producido las invasiones subterràneas de la mar del norte, que oprime por todas partes à la holanda. En aquel

momento la niebla descubria lentamente las aguas, que se llenaban, al reflejarlos, de los rayos del sol. Millares de págaros acuáticos navegaban sobre la superficie apacible del lago, ó volaban por encima lanzando agudos graznidos; en fin, aqui y alli mostrábase un pequeño velo obscuro como un punto negro que crecia ó disminuia segun se aprosimaba ó alejaba de Nicolaasga. Jamás pudo presentarse á la vista de un curioso observador un espectáculo mas magestuoso á la par que sencillo, porque en ninguna parte la naturaleza ha mostrado una grandeza mas natural.

El desconocido, solemnemente impresionado contemplaba en silencio aquella admirable escena, cuando oyó la voz de Juana: volviose con vivacidad: la joven venia acompañada de su madre, que se apresuró á dirijir á su huésped un cumplimiento de bienvenida, lleno de franqueza y de cordialidad.

La señora Van Levardeen llevaba, como su hija, el vestido de las damas frisonas: su corona de oro, mas ancha, mas cargada de piedras que la de Juana, daba á su mirada benévola, una expresion de dulzura inefable. Comprendiase que el sufrimiento y la resignacion solos podian dar tantos encantos á facciones que un exámen severo hubiera hallado probablemente sin regularidad. Los vestidos de la señora Van Lewardeen eran ne-

gros; pues segun costumbre de las viudas del pais, jamás debian abandonar el luto de su marido. Aquel largo ropage de un arte severo, y que recordaba el hàbito monástico, disimulaba ademas la gordura de un talle que principiaba á perder su flexibilidad, y realzaba la blancura de dos brazos que las mangas cortas, cortadas á la moda del pais, hubieran dejado casi enteramente desnudos, si manguitos de gamo no los hubieran en parte cubierto.

Juana y su madre hicieron los honores del jardin á su huésped, como si hiciera mucho tiempo que hubieran conocido á aquel á quien la casualidad habia conducido bajo su techo. Samuel habia dado á este jardin un carácter particular y en el cual se revelaba á cada paso su aficcion decida á la historia natural. Una cigüeña anidaba libremente en lo alto de un palo de abeto, sobre una tabla redonda, y sacó pacíficamente su largo cuello para saludar con la vista á Juana y á su madre. Un enjambre de pichones y págaros corrieron volando por encima de los paseantes, y se abatieron á sus peis para disputarse el grano que les arrojaba la jóven. Colmenas sábiamente preservadas del frio por una ingeniosa combinacion, mostraban sus emjambres, afanadas en recoger el bálsamo de las últimas flores del otoño: un invernadero abrigaba á la vez flores exótivas y centenares de rep-

tiles, reunidos de diversas partes de la Holanda y de la Francia, que venian á mirar con descaro á los paseantes al traves de las paredes transparentes de su palacio perfumado; en fin, en una balsa dispuesta en medio del jardin, los rubies, engastados en topacios, las confervas eubrian las aguas pacificas y se mezclaban á las esmeraldas de cien plantas vigorosas.

—No desprecieis este charco, dijo Juana á su huésped, que no dirigia hacia él ni una mirada: contiene un mundo maravilloso, y que nos vale largas y dulces horas de estudios. Los espectáculos mas maravillosos de las grandes poblaciones nada son en comparacion de las escenas que se multiplican en este poco de agua,

Mirad, la nieve cenicienta voltijea al rededor, y baja hasta el agua, alternativamente mariposa y pez; nuestros tesoros de historia natural no se limitan á esto: á pesar del rigor del clima de la Frisia, sabemos producir las especies mas raras. La India, el Asia, el Africa y la América, nos suministran los huevos de la oruga. Amigos del doctor se los envian de todas partes: mirad sobre todo á esta hermosa oruga, que es la mas rara de todas nuestras conquistas científicas; los huevos de donde ha salido, han sido traídos de la Guyana entre algodón, cuidadosamente preservados del frio. Sus dimensiones le hacen parecer á un pájaro, y los

ricos colores de sus alas à una flor. Mirad otras mariposas que vienen de la Francia, y que debeis conocer; cuántas veces al verlas caigo en una profunda meditacion, porque me recuerdan el pais donde he nacido, la patria hácia la cual mi corazon se lanza con sentimiento y con amor, la Francia! Si supiéseis qué emocion me causa esta sola palabra, la Francia! Su lengua es la que hablamos en nuestra familia! en su lengua pienso y escribo! Oh! no podeis saber la alegria que he experimentado cuando he sabido que érais francés, que llegábais de Paris! La vista de un hermano no me hubiera causado una alegria mas profunda! La Holanda me parece casi un lugar de destierro: la Holanda, donde vivo tan feliz entre mi madre, mi desposado y mis dulces tesoros de flores, de insectos y de mariposas.

Mientras que la jóven entusiasta hablaba con tanto enagenamiento de las maravllas prodigadas por la naturaleza en aquel pequeño rincón de tierra y de agua, se parò de repente y sintió cubrir su rostro un vivo rubor y esparcirse hasta su seno; habia levantado los ojos hácia el extranjero; los lábios finos y cerrados de este hombre, estaban entreabiertos por la mas burlesca de las sonrisas, y sus ojos brillaban de sarcasmo.

Un segundo bastó para borrar de las facciones del desconocido aquella espresion insolente, y para volverles una serenidad hipócrita: Juana se sintió dispuesta á llorar de humillacion y de cólera.



III.

Las consecuencias de una sonrisa.

Juana apenas conocia hacia algunas horas á su huésped y pronto iba à separarse de ella segun todas las probabilidades, para no volver à verla jamás: su corazon no experimentaba interès ni simpatía por él; enfin, ignoraba hasta su nombre.... y sin embargo, la sonrisa de este hombre, una sonrisa rápida como el pensamiento, bastó para destruir la felicidad de Juana, del mismo modo que la varita de una hechicera derriba repentinamente un magnífico palació dejando, solo en su lugar ruinas y desiertos. El desprecio irónico que el desconocido hasta mostrando à las mas queridas creencias de Juana, las habia cambiado en duda y

en en gaño. Su vida tranquila y risueña, sus estudios llenos de poesía, parecíanle ya tristes, mezquinos y faltos de interés. Apoderóse de su corazón el tedio, estinguióse para ella el porvenir, y fuéle insoportable lo presente.

En aquel momento llegó Samuel; por la primera vez de su vida, Juana no experimentó placer al verle: temió que escitase también él los sarcasmos mudos del desconocido, y aun le pareció que iba à justificarlos. Olvidó las virtudes de su desposado, el desinterés sin límites que la había manifestado, su ciencia, su corazón jeneroso y tierno para sufrir la sencillez de sus maneras y el abandono de sus vestidos.

Las primeras palabras que pronunció llamaron el rubor á las mejillas de la jóven, porque aquellas palabras eran de la misma naturaleza que las de que acababa de burlarse tan cruelmente el desconocido.

—No comprendéis nuestras distracciones, dijo Samuel, no es verdad señor! las acusais de puerilidad: si os entregáseis algun tiempo á ellas, mudaríais pronto de parecer, y participaríais del gusto apasionado que ellas nos inspiran. La grandeza de Dios brilla de una manera demasiado maravillosa en todas sus obras, aun en las mas humildes en apariencia, para que no se experimente una alegría religiosa y profunda en seguir sus desarrollos. Y

ademas señor, si supieseis cuantas circunstancias poéticas y romanticas rodean estos estudios? La caza de los insectos y de las mariposas, sus aventuras buenas ó malas, sus felicidades, sus decepciones abundan en emociones y en placeres. Jamás recuerdo sin que mis ojos se llenen de lágrimas, de que manera encontré la primera luciérnaga que hi-rió mis ojos con su dulce luz. Si os refiriese estos pormenores estoy convencido que vos mismo no podriais permanecer insensible.

Mientras que referia esta larga y tierna historia, Juana con los ojos fijos en el desconocido seguía con ansiedad las sensaciones que hacia pasar á su rostro la relacion de Samuel. Parecíale aun antes de haber leído nada en él, que esta relacion debia importunar al desconocido, y parecerle desprovista de interés. En efecto este fingiendo prestar una atencion política á las palabras del doctor, miraba á todas partes como distraido y con visib-les muestras de fastidio. Juana hubiera querido á costa de su propia sangre interrumpir á Samuel y poner término á una situacion que les desesperaba. Muchas veces trato de interrumpir á su desposado que continuó pacíficamente desenvolviendo su tesis, no sin mezclar en ella la expansion de personas que viven en la soledad y que encuentran pocas ocasiones de hablar de sus gustos favoritos. La situacion embarazosa de Juana llegó á ser tan

grande y pensó tan poco en reprimirla que Samuel no pudo menos de observarla. Herido en el corazón sintió como la joven había experimentado poco antes, desvanecerse su felicidad y desencantarse todo á su rededor. Sin ocultar su turbacion calló de pronto. El desconocido con una rápida ojeada comprendió lo que pasaba en torno suyo. Con los labios entreabiertos por aquella sonrisa que ya había causado tanto mal a Juana, respondió pérfidamente á Samuel, afectó participar de sus ideas, y empleó en cumplimentarle una ironía tan fina, que Juana solo pudo apercibirse de ella. Quizás esta ironía no existía sino en la imaginacion de la orgullosa y desconfiada joven. Pero sea de esto lo que quiera, ella no respiró con tranquilidad hasta despues de haber visto alejarse á Samuel á quien vino á llamar un criado para que fuera á visitar un enfermo que reclamaba sus cuidados.

La señora de Lewardeen volvió á la casa para dar algunas órdenes. Juana quedó sola con el desconocido.

—Nuestra manera de vivir os parece muy insignificante, no es verdad, señora? dijo ella, y os sonreis de compasion al pensar que se puede pasar una existencia tan monotoná.

—No permita Dios que tenga tales pensamientos, dijo el desconocido. Habitado á la vida de lueha, de triunfo y de emociones que se pasa en

París preguntóme solamente, como una jóven, á quien su hermosura y la superioridad de su talento hacen tan digna de estos triunfos y de estas luchas, puede consentir en permanecer perdida en la obscuridad de una aldea frisona. Ahora mismo, señorita, acabo de abrir un album que he visto sobre la mesa de mi cuarto, y he leído versos escritos en él por una mano de mujer que no puede ser sino la vuestra.

Sabeis que estos versos bastarian en París para dar nombre y gloria á quien los hubiera hecho? Aquí por el contrario nadie puede comprender su inmenso valor. El lugar de estimular ese talento maravilloso, en lugar de consagraros á él exclusivamente, se os habla solo, se os ocupa y llena vuestra imaginacion de insectos, de plantas y de mariposas! Vuestras mayores alegrías consisten en correr por el campo y en gastar vuestro ardor en estériles fatigas; en París este ardor no podia bastar á todas las emociones que allí se experimentan. Por la noche el estudio y el trabajo, por el dia y la tarde el triunfo y la gloria. En los teatros, en los salones, en todas partes seriais unánimemente aclamada por la mas hermosa y la mas célebre. Todos se disputarian una palabra y una sola mirada vuestra. Para ganar una sonrisa de la boca que tan hermosos versos dice para, obtener un pensamieto de esa frente resplandeciente de ge-

nio, darian su fortuna y su existencia. Todo lo que la Europa posée de ilustre se arrodillaria á vuestros pies; vuestro nombre con un eco inmortal y sin limites, iria de un polo á otro, no seriais ya una muger sino un dios!

Juana acogió en su corazon con imprudentes ayidez las embriagadoras palabras del desconocido.

—Tales sueños no podrán realizarse para mi, dijo Juana, para otros mas felices y mas dignos, está reservada tanta felicidad.

—Escuchadme bien, replicó, convencèos de que yo miraria como una infamia daros una esperanza engañosa. Escuchadme bien! Os juro que el mas ilustre de nuestros poetas, lejos de despreciar los versos que he leído en vuestro album, se consideraria feliz y orgulloso por haberlos producido. Os lo repito, la gloria de un nombre ilustre os espera, sino ceñis esta corona inmortal será porque preferis á ella vuestra diadema de frisona. Acaso mis palabras son las primeras que despiertan en vos esta conviccion? Una voz misteriosa no las ha murmurado frecuentemente en vuestra imaginacion?

Si, señorita, frecuentemente vuestro corazon de poeta ha latido á la palabra de gloria que resonaba en vuestra alma! Si, frecuentemente habeis suspirado, al pensar que vuestros versos no se-

rian jamás escuchados por oídos dignos de ellos!.... Y ese talento, que la soledad embota y comprime, que desarrollo tomaría si le fuera dado desplegar sus alas y calentarlas á los rayos poderosos de la gloria!.... La gloria como la varita de Moisés, hace saltar el agua de la roca que parecia estéril; juzgad lo que podría hacer la fuente poderosa y fecunda!...

—Callaos, callaos, murmurò Juana, callaos, tentador.

—No me callaré; no, quiero dotar á mi país con un poeta mas: este es un deber para mí. Hace poco era uno de los ministros que gobernaban la Francia y tal vez no tardaré en ser llamado al poder. Pues bien si para entonces no habeis escuchado mis consejos y los de vuestro corazón, el ministro os arrancará á pesar vuestro de vuestra obscuridad y dirá desde lo alto de la tribuna: « la Francia posee un gran poeta que se niega á la gloria; es menester que esta gloria vaya á buscarle hasta el fondo de la Holanda donde se obstina en permanecer oculto. Este poeta es Juana repetirá vuestro nombre como admiración, y este será un día feliz para Mauricio Fremicourt.

—Mauricio Fremicourt! Mauricio Fremicourt! repitió Juana; cómo! sois, señor, el ministro célebre cuyo brillante nombre ha llegado hasta nuestro

retiro donde no siempre llegan los mas importantes acontecimientos de la Europa?

—Si, dijo si, y esta reputacion de ministro la canviaria sin vacilar por la gloria de un poeta, por que el poeta no compra su celebridad á costa de las mas crueles decepciones. Ay! el poder me ha envejecido antes de tiempo. El ha destruido mi felicidad doméstica, á despedazado mi corazon! El arte no vende tan caros sus favores permite la felicidad y la gloria!

Interrumpióse y reinó entre él y Juana un silencio de algunos instantes. Juana contempló con respetuosa admiracion al hombre ilustre cuyo nombre habia oido repetir tantas veces á Samuel. Fremicourt parecia sumergido en una meditacion profunda.

En este momento Samuel y la señora de Lewardeen salieron de la casa y se dirijieron hacia su huésped.

Adios adios, murmuró Juana: necesito algunos instantes de soledad; vuestras palabras, esas palabras dichas por la mas alta inteligencia de nuestro siglo me ahogan y quitan casi mi razon! La gloria me ha sido prometida por Mauricio Fremicourt. Oh! mi cabeza se extravía á este pensamiento.

Y corrió atravesando el bosque y desapareció, mientras la condesa y Samuel acudieron presuro-

sos hacía el señor de Fremicourt cuyo nombre acababan de saber por los criados del ministro.

Samuel, al hallarse delante del hombre cuya inteligencia y energía tantas veces había admirado, olvidó el dolor que hacía poco le había causado la mirada de Juana: todo cedió á su entusiasmo por el gran político. á quien manifestó su simpatía francamente y con una emoción profunda. Nada interrumpió su conferencia durante las dos horas que trascurrieron hasta el momento en que una campana dió la señal de comer. Entonces entraron ambos en la casa.

La señora de Lewardeen y Juana los esperaban en el comedor. Fremicourt y Samuel lanzaron á la vez un grito; el primero de sorpresa y admiración; el segundo de desesperación.

Juana había cambiado su vestido de frisona por otro francés, de muselina blanca, el cual dibujaba su flexible talle, sus hermosos cabellos rubios, desembarazados de la corona *Kap-oor*, caían en ligeros bucles sobre sus hombros medio desnudos. Había en su tocado una audacia y poesía que no hubiera tenido con mas experiencia; había tomado por modelo la escentricidad seductora dada por los gravadores ingleses á sus adorables figuras y no el melindre de las modas parisienses.

--Estais hecha una verdadera fraesa, dijo-el

ministro llevando á sus lábios la mano blanca y delicada de la jóven.

—Ya no sois Juana! murmuró Samuel con los ojos llenos de lágrimas.

En cuanto á la condesa de Lewardeen participaba del entusiasmo de Fremicourt, y no podía menos de contemplar admirada á su hija con su nuevo vestido.

Verdad es, que era imposible aparecer mas bella que Juana coronada de flores naturales, y con un adorno que hacia ver la perfeccion de sus facciones y la gracia inefable de su persona. Orgullosa por la victoria que habia alcanzado al lado de Fremicourt y de su madre, no se cuidó siquiera del pesar que experimentaba Samuel y se entregó alegremente al entusiasmo de su triunfo. En vano buscaba Samuel en ella el angélico sentimiento de candor que con el vestido frison la asemejaba á un ángel. Un sentimiento de espresion enteramente profano brillaba en ella habiéndola transformado en musa pagana, Solo faltaba una lira apoyada en su hermoso brazo desnudo para completar la semejanza. Una sonrisa poderosa se dibujaba en sus labios, los cuales pronunciaban palabras atrevidas, y que revelaban un talento superior. En aquel momento se presentaba al doctor una nueva Juana; pues la oia hablar con seguridad de cosas á las cuales la creia completamente es-

traña, y no retrocedía delante de ninguna pregunta difícil y arriesgada. Oh! cuanto mas la amaba, su deposado cuando la veía orgullosa y tímida á la vez con los extraños, salvaje é independiente como las cabras que escalan con pié seguro los diques donde se estrella el mar! Maldecía los elogios entusiastas que Fremicourt prodigaba á la jóven, acusaba la imprudente alegría de la condesa, que solo veía un juego en aquella entrevista tan decisiva y tan fatal. Juana se entregaba con transporte á la alegría de su triunfo; el orgullo brillaba con caracteres irrecusables sobre su hermosa frente. Era preciso verla y oirla hablar con Fremicourt, contestar á sus ataques con sumo desembarazo y brillante lógica, mostrarse siempre digna de su ilustre adversario, y hasta obligarle muchas veces á confesar su derrota. En esta lucha, con uno de los primeros talentos del mundo, con un hombre que hacia poco habia tenido en su mano los destinos de Europa, peleaba con fuerzas iguales, y mas de una vez la victoria se inclinó á su lado. El antiguo ministro hallaba una estremada satisfacion en ver aquella noble naturaleza despertarse á su voz; romper y arrojar las trabas de sencillez y de inocencia que hasta entonces la habian sujetado, y levantarse á toda su altura, grande, orgullosa, ardiente, indomable.

Entre tanto Samuel en el colmo de su desesperacion repetia:

— Ya no existe Juana para mi!

Al fin de la comida avisaron al doctor que una infeliz mujer reclamaba los auxilios de su ciencia para un hijo enfermo gravemente. Su primer movimiento fué la alegria de poder evadirse de una escena que le despedazaba el corazon. Pero por una reaccion que se comprende sin trabajo, este hombre caritativo à quien la vida de un desgraciado habia inspirado siempre tanta compasion, resolvió no alejarse de aquel sitio. Parecíale que dejar sola à Juana con Fremicourt, era consentir en su perdicion y hasta consumarla. Mientras que vergonzoso combatia entre los deberes de la humanidad, y el sentimiento que le retenia, vinieron à llamarle por segunda vez. El niño se moria!... Entonces se levantó y corrió al lado del desgraciado.

Cuando volvió una hora despues hallábanse Juana y el conde en un hermoso gabinete de estudio que el mismo Samuel habia dispuesto para su desposada. Las paredes de este lindo retrete cubiertas de papel, representaban un largo paseo de figuras chinas imitando todas las actitudes de la vida vulgar. Muebles de marfil completaban el aspecto original de esta pieza. De pié delante de su madre y del señor Fremicourt medio acostada

en un canapé. Juana en cuyos ojos se veía la inspiración, recitaba versos "que había escrito la víspera. El asunto de esta composición era una meditación, en la que expresaba la poetisa vagamente los deseos de gloria que hacían latir ahora con tanta vivacidad su corazón, y que poco antes no habían sido para ella sino indecisas inspiraciones de sentimientos desconocidos.

—Oh! alcanzareis esa gloria, exclamó Fremicourt, cuando agitado el seno y el rostro cubierto de un noble rubor cesó de hablar Juana. Si, pronto la alcanzareis, os lo repito, os lo afirmo de nuevo; pronto la Europa entera repetirá vuestro nombre con entusiasmo; París con sus mil voces estrepitosas os llamará para ceñir vuestra hermosa frente con mil coronas. Preciso será que acudáis á su llamamiento, y que cedáis á sus súplicas, á sus instancias, á sus órdenes, porque le pertenecereis como todo lo que es hermoso y grande, mi hermosa y grande poetisa; porque ya le perteneceis. París es la única patria de todas las superioridades artísticas. Ay! vuestros versos han vuelto á mi corazón el entusiasmo de la juventud, ese entusiasmo que los negocios públicos y mis tristes horas de tedio parecía haber extinguido en él. Gracias, Juana, gracias porque este día es uno de los mas dulces de mi vida, Cuan

feliz y orgullosa debeis estar con vuestra hija, señora condesa!

La condesa abrazaba à su hija, cuyas manos estrechaba Fremicourt; el corazon de Juana latia fuertemente, pero ay! ninguna de estas tres personas se acordaba de Samuel, apenas repararon en que estaba presente. Parecia que un poder misterioso le habia hecho extranjero y que no hablaba del mismo idioma que ellas. De este modo pasó Fremicourt toda la semana en la casita de Nicolaasga. Quiza hubiera prolongado su estado en ella, si cartas de Suecia, que esperaba con impaciencia, no le hubiesen llamado imperiosa y repentinamente. Hablábase además de un cambio de ministerio en Francia, y esta importante combinacion, à la cual no debia permanecer extraño, no podia verificarse sin él.

Antes de partir tomó la mano de Juana.

—Quizás, dijo, antes de pocas semanas habré vuelto à los tristes honores del poder. Rsta vez me consolaré, señorita, y me resignaré à ellos con menos dolor porque me darán los medios de probaros mi afecto para vuestra familia, y mi admiracion por vuestro talento. No es verdad que si os lo pido en nombre de la Francia, en nombre de vuestra pátria y de la mia, dejareis la Holanda y vendreis à ocupar en Paris el rango que os es debido.

—Rogarè tanto á mi madre, que cederá á mis súplicas, respondió Juana vivamente conmovida, y sin pensar siquiera que debia obtener otro consentimiento el de su desposado Samuel.

Fremicourt leyó en los ojos del doctor la impresion amarga que le causaba semejante olvido.

—Espero que el señor doctor Cordier se servirá acompañaros, añadió presentando su mano á Samuel. Tampoco él está en su puesto en esta humilde aldea de la Frisia; sus altos conocimientos y la superioridad de su talento le llaman como á vos París: allí lo aguardo.

—Señor, replicó Samuel, agradezco sinceramente vuestras ofertas, pero permitidme que no las acepte. He dejado á París y á Francia á la voz de un amigo moribundo, para venir hacer las veces de padre y de protector de su hija, no seguiré á esta hija á París. porque mi proteccion le seria inútil... y quizás ella misma me rechazaria. Podia con mi cariño y mi ternura hacer feliz á la jóven frisona; nada podré hacer por la ilustre poetisa, por la mujer, reina de las artes y rodeada de gloria, como la llamábais ahora mismo. No señor, no dejarè á la Frisia, viviré y moriré en ella; mi existencia será obscura, pero útil, quizás. seguiré con mis votos á la que creía haberse unido para siempre á mi destino, y de la cual conozco que estoy ya para siempre separado. No me quejo. El

cielo conoce si he tenido jamás otro pensamiento que no sea la felicidad de Juana! Si la gloria y sus agitaciones pueden hacerla feliz, vaya en hora buena, no deseo otra cosa; estoy muy acostumbrado al dolor y á la resignacion.

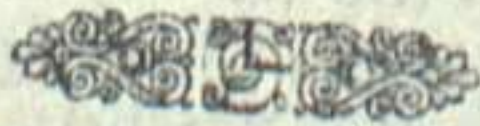
—Espero, dijo Fremicourt, que pronto cambiareis de opinion. Adios.

Subió al coche, y partió, impaciente por llegar al puerto de Lemmer, donde debia embarcarse para Amsterdam, y desde alli pasar á la Suecia.

En el momento de arrancar los caballos, se asomó por la portezuela del coche, y exclamó:

—A París!

—A París! repitieron la señora de Lewardeen y Juana.



IV.

Tristeza.

Las palabras de Samuel y su negativa de acompañar á Juana á París, causaron á esta una turbación profunda: hasta entonces no habia pensado en que el doctor pudiese desaprobar un proyecto que prometia tanta felicidad á su Juana, ó mas bien hacia ocho dias que no pensaba ni siquiera en el doctor. Inconcebible parece que se hubiese olvidado tan pronto de un hombre que habia ocupado por espacio de tres años en la vida de la jóven un sitio tan grande, de un hombre que llenaba à la vez para con ella los deberes santos y protectores de padre, de hermano y de esposo, de un hombre que habia sido hasta entonces el árbitro de su destino. Sin embargo asi era la verdad; la

memoria de este hombre se habia eclipsado de repente á sus ojos, como la luz de un astro delante del sol. Fremicourt en efecto reunia tantas cualidades brillantes y superiores al parecer, que las virtudes modestas y severas de Samuel debian obscurecerse en presencia de esta meteoro luminoso. Ni una duda debia asaltar el corazon de Juana, cuando el hombre mas ilustre y eminente de Europa revelaba su talento á la jóven poética y le prometia la fortuna y la gloria. Pero luego que se hubo alejado dejándola en el aislamiento profundo que sucede á toda emocion viva y larga, cuando quedò sola enfrente del desaliento y de la tristeza de Samuel, llegó poco á poco á preguntarse con angustia cual de los dos veia la verdad, el ilustre forastero que le habia hecho al pasar promesas seductoras ó el amigo cuyos consejos estaba acostumbrada á considerar como la espretion de una sabiduria profunda é infalible. Al verse sola acudió al apoyo que no habia abandonado un instante y buscò á Samuel.

Este acababa de salir para ir á visitar á sus enfermos; con verdadera impaciencia y ansiedad aguardó Juana al doctor. Aquella ardiente imaginacion deseaba concluir pronto con la duda y rompor sus proyectos de gloria, ó continuar entregándose á ellos con todas las fuerzas de su alma.

Era muy de noche cuando volvió Samuel. Juana de pié en el umbral de la quinta, distinguió á lo lejos los pasos de su desposado, corrió á su encuentro, se apoyó en su brazo, y en vez de dirigirse á la casa, arrastró á su compañero hácia el bosquecillo que cubria una parte del parque.

— ¡Cuanto tiempo hace que no nos hallamos solos amigo mio! dijo Juana con efusion.

Al oir Samuel aquella voz tan querida, creyó desmayarse; cogió entre sus manos trémulas las de la jóven y las llevó á sus labios. Juana sintió caer en sus dedos una lágrima.

— Os he causado algun pesar? preguntó con tono penetrante.

— El mas cruel que he experimentado en mi vida. Si, Juana, despues de haber visto desaparecer de repente la esperanza de una felicidad en la que reposaba mi vida entera, recibí el último suspiro de mi madre, único ser que quedaba en el mundo para amarme Ay! y sin embargo he sufrido menos con estos crueles pesrres que en los ocho dias que acaban de trascurrir, El cielo me es testigo sin embargo de que ningun pensamiento personal me ha ocupado un solo instante; el desconsuelo que amargaba mi corazon, ha sido solo por vos, por vos sola, Juana. Veia destruir desapiadadamente poco á poco vuestra felicidad; veia sustituir sin remedio á la suerte dulce y al

abrigo que os preparaba hace mucho tiempo con una ternura de padre, las agitaciones febriles de una gloria engañosa hasta en su realidad.

Juana, tambien he probado esa copa pèrfida con que ahora os brindan y sé que solo contiene amargura y veneno. La apartareis de vuestros labios con disgusto, y maldecireis con desesperacion los fatales consejos que os han arrastrado á ella. Juana, mi querida Juana, en nombre de vuestro padre que nos oye desde el cielo, si es tiempo todavia, olvidad todas esas palabras funestas que os ha hecho ese hombre en el espacio de ocho dias. Cuando vengan á vuestra memoria, rechazadlas como si el mismo genio del mal os las inspirase. Oh! daria toda mi sangre, por horrarlas de vuestra memoria, por que ellas destruyen vuestra felicidad.

Pues bien! ya no quiero acordarme de ellas, dijo Juana, os haré el sacrificio de toda esa gloria que se me presentaba con tantas seducciones. Haré como antes versos solamente para vos y para mi madre.

—Dios os oiga! y nada mas le pediré.

—Como! preguntò Juana con encantadora sonrisa, ni siquiera nuestro easamiento, ingrato!

Y al oir hablar de este modo coyò arrodillado delante de ella.

—Gracias os doy, Dios mio, porque me habeis vuelto á mi Juana!

El resto de la noche, se pasó alegremente, recobrando el corazon de Samuel toda su serenidad. Juana sin prevenir á su desposado volvió á ponerse su vestido frison, y en la hora de cenar se presentó ceñida la frente con el Kap-oor, y con el largo velo de encaje que tambien sentaban á su fisonomía. Entregáronse á mil dulces proyectos para el porvenir, y decidieron emprender al siguiente dia una larga escursion por el pais. Juana estaba impaciente por volver á ver los pobres sus amigos algo descuidados despues de algun tiempo. Evitaron cuidadosamente toda alusion á Fremicourt y al proyecto que habia engendrado; parecia que cada uno de ellos habia olvidado la visita, los consejos, y hasta el recuerdo del ministro.

Samuel se quedó dormido aquella noche bendiciendo á Dios, y con el corazon lleno de seguridad.

Ay! el infeliz se engañaba. Juana no habia olvidado las palabras tentadoras de Fremicourt; aquella noche no habia podido dormir pensando en las promesas del ex-ministro. A pesar de sus esfuerzos para alejar de su imaginacion los pensamientos á los cuales no queria ya entregarse en lo sucesivo, la palabra *gloria* zumbaba al rededor de su frente como un vértigo. Asi es que por la

mañana, cuando Samuel despues de haberla llamado bajo su ventana segun costumbre, la viò bajar pálida y pensativa, sintió volver á su corazon todo el desconsuelo que las buenas palabras de Juana habian aumentado la vispera. Montaron á caballo, y partieron para su escursion. La jóven no tardó en caer en una meditacion profunda; las riendas se escapaban de sus manos, la cabeza se inclinaba con abatimiento sobre su pecho, y sus oidos no escuchaban ya las palabras que le dirigia el doctor. Cuando volvía en sí sobresaltada, temblaba, y se esforzaba por ocultar su distraccion con una sonrisa afectada. Para disfrazar mejor los pensamientos que la absorbían, fingió una alegría que estaba muy distante de experimentar; entregabase á alguna carrera caprichosa, trepaba atrevidamente por un barranco escarpado, y parecía experimentar arrostrando un peligro inútil, una sensacion proporcionada á la ardiente idea fija que la devoraba.

Samuel leía en el corazon de la jóven, y comprendía la inutilidad de los esfuerzos que hiciera para distraerla de sus pensamientos. Tratar de apagar semejante fuego, era atizarlo, y aumentar la llama devastadora. Cayó pues el mismo en un silencio profundo, y de este modo pasaron todo el dia. Cuando al anocheecer volvieron de su expedicion, procuraron ambos aislarse el uno del

otro. Sufrian al verse, pues la presencia de Samuel era una reconvencion para Juana, y la de esta causa el mayor desconsuelo á Samuel.

Al siguiente dia, sin evitar en la apariencia su encuentro, mil pretextos que parecian muy sencillos y naturales, pero que, ellos aprovechaban precipitadamente, les suministraba los motivos de este aparente desvio. La lluvia amenazaba caer pronto, é impedia á Juana acompañar á su desposado en sus visitas á los enfermos de las inmediaciones; ò bien trabajos domésticos la detenian en casa; otras veces era una indisposicion ligera, ó cualquiera otra cosa de este género. Poco á poco los paseos y las escursiones de los desposados cesaron completamente, y se pasó el invierno sin que Juana acompañase una sola vez al doctor.

Pasaba todo el dia encerrada en su gabinete, y no mostraba emocion ni interés, sino por la llegada de los paquetes y periódicos que un criado iba á recojer todos los dias á Lemmer, y los cuales venian de Francia. Estos paquetes contenian libros y periódicos.

Los periódicos escitaban en el mas alto punto la atencion de Juana. Seguia con ansiedad los debates políticos que contenian: un vivo rubor cubria repentinamente su rostro, y un golpe agudo parecia herirla en el corazon cada vez que se presentaba á sus ojos el nombre de Fremicourt.

Sin embargo, ni una sola vez se habia pronunciado este nombre en el transcurso de un año, delante de Samuel, pero frecuentemente lo pronunciaban á sus solas Juana y la condesa de Lewardeen.

La madre de Juana, habituada á no ver, á no juzgar, ni á sentir sino al través de su ternura y de su orgullo maternal, habia adoptado con mas entusiasmo quizá que su hija, los sueños de gloria á los cuales esta se entregaba. La condesa no contribuyó poco á mantener las ilusiones y los proyectos de la jóven adepta del arte; así es, que cualquiera que hubiera visto á Juana, á su madre y á Samuel en su inferior, no hubiera sospechado que una felicidad, digna del cielo, habia colmado poco antes á estas tres personas con sus alegrías inmensas y puras. Una fria coacción reinaba entre ellas, y las atormentaba á cada instante de su vida, y necesitaban disimularla bajo las apariencias afectuosas de su ternura antigua. No se habia verificado el casamiento de los novios, á pesar de haber transcurrido hacia largo tiempo la época fijada para su celebracion. Parecia que un convenio tácito habia declarado imposible esta union en la que poco antes cifraban los tres sus mas risueñas esperanzas. Un año habia bastado para hacer desaparecer en Juana los caracteres de la adolescencia casi infantil, que le daba antes tanta ino-

cencia y tantos encantos. Su belleza era ya de una naturaleza mas severa y mas grave; á la frescura blanca y sonrosada de su tez, habian sucedido esos tonos dorados, que recuerdan el brillo de una estatua de bronce en sus reflejos mas claros, y que solo poseen las mujeres de una naturaleza poderosa y privilegiada. Juana habia renunciado completamente al trage nacional, y se cortaba ella misma sus vestidos con arreglo á los grabados de moda que le traian los periódicos de Paris. La señora de Lewardeen la habia imitado en esta innovacion.

En cuanto á Samuel, parecia haber envejecido diez años mas; sus cabellos principiaban á encanecerse. y el pesar habia hecho reaparecer en su frente, todos los estragos que la felicidad y la esperanza habian borrado poco antes. Llenaba sus deberes de médico con el ardor febril de un corazon que sufre, y que busca en el trabajo y en los beneficios que prodiga, los medios de aturdirse y olvidarse á si mismo. Aunque nadie sospechaba en el pais las causas que habian destruido la felicidad de estas tres personas, todos acusaban, aunque vagamente, de ingratitud, á la señora de Lewardeen y su hija, y se esforzaban por manifestar al doctor con incesantes testimonios de afecto, la parte que tomaban en sus pesares.



V.

La Partida.

Entretanto la condesa de Lewardeen habia hecho sucesivamente muchos viajes á Amsterdam, y parecia ocuparse en secreto de negocios importantes. Hablaba frecuentemente en voz baja con su hija y era evidente que ocupaban á ambas proyectos misteriosos. Una noche que se hallaba Samuel á solas con la condesa y Juana, creció tanto la turbacion de las dos mujeres en su presencia, y se reveló por tantos testimonios casi ultrajantes, que Samuel no pudo menos de espresar su dolor.

Juana ocultó su rostro entre sus manos, y la señora de Lewardeen, dominando su emocion lo menos mal que pudo, dijo con voz alterada:

—Pronto nos marchamos á Paris,

Samuel se estremeció como si hubiese sido herido mortalmente y no hubiese previsto este golpe terrible. Palideció y por poco se desmaya. Algunos instantes le bastaron para reponerse un poco.

—Esperamos carta de Fremicourtr, para ponernos en camino, añadió la señora de Lewardeen.

—¿Luego os ha eserito? Balbuceó Samuel sin apercibirse siquiera de que sus labios pronunciaban palabras.

—No, todavía no; pero hace un mes que hemos sabido por los periódicos, que ha vuelto al ministerio, y como conoceis, no puede tardar en llamar á Juana á su lado.

Samuel se sonrió con amargura, y dijo:

—¡Mucho tarda!

—Espera, replicó la condesa casi ofendida, asegurarse en el ministerio para poder proteger eficazmente á mi hija. Esta es una nueva prueba de interés y de afecto, por la que le estamos agradecidas.

—¡Oh! ¡no nos separaremos con palabras de amargura! exclamó Samuel. No basta que os lleveis mi felicidad y mi alma, sin que tenga el consuelo de que de vuestro antiguo cariño solo me quede un pensamiento amargo y doloroso? Ausentes ò presentes, mi vida os pertenece como todos mis pensamientos, como toda mi ternura.

—¿Y porque no nos acompañais à París? ¿por-

que sufrir una separacion que decis os hacen tan desgraciado y que sin embargo podeis evitar?

Samuel se enrojeció y palideció alternativamente y dijo.

—Puesto que lo quereis voy á decirlo. Me quedo porque no tengo en el mundo mas fortuna que los humildes honorarios que me vale aqui mi profesion de mèdico.

—Pero nosotras llevamos á París diez mil francos que me han prestado sobre la hipoteca de mi casa, dijo la de Lewardeen. Lo que posee vuestra desposada os pertenece. Participareis de nuestra fortuna hasta el dia en que os formeis en París la clientela que aqui dejais.

—No, dijo, no; la fortuna no se conquista en París tan pronto como pensais. Disminuir vuestros recursos seria un crimen.

—Dudais de los triunfos de Juana? Su talento que ha escitado tan vivamente el entusiasmo de Fremicourt, tiene tan poca realidad y tan poco valor á vuestros ojos?

Samuel enjugò en silencio una làgrima, y respondió con firmeza:

—No os acompañaré; Dios lee en mi corazon los motivos que me obligan á perseverar en esta resolucion: sometome á su juicio.

En seguida se dirigió á donde estaba Juana, le cogió la mano, y con voz alterada dijo:

—A Dios, á Dios!

—Todavía no nos marchamos, dijo Juana conmovida.

—Ya partis para mi, respondió. Permanecer mas tiempo á vuestro lado, con el pensamiento de perderos, ver á vuestra madre juzgar tan cruelmente a mi corazon, oh! eso seria insufrible, eso seria morir, y no necesito vivir. Una voz secreta me dice que llegará dia en que necesíteis de mi apoyo y de mis consuelos. Ojalá me engañe en estos presentimientos! Ojalá que os vea en lo sucesivo inútil, porque será señal de que sois feliz, Juana!

Cogió de las manos de la jóven el pañuelo que humedecia con sus lágrimas, y desapareció.

Algunos instantes despues, Juana oyó bajo la ventana el galope de un caballo; era Samuel que se alejaba.

Durante un mes entero, Samuel no volvió á presentarse en el pais; un médico, amigo suyo, se encargó durante la ausencia del doctor, de todas sus enfermos.

Al siguiente dia de la partida de Juana y de la condesa, que no tardaron en dejar á Nicolaasga, terminó el viaje de Samuel. Volvió de Leiden, donde habia pasado todo el tiempo de su ausencia, buscando en el estudio un remedio à su dolor!

Por qué habia transcurrido un mes antes de la

partida de Juana y de la condesa para Francia, cuando largo tiempo hacia que estaba todo dispuesto para este viaje?—Por qué no llegó á Nicolaas la carta de Fremicourt!

La condesa y su hija esperaban un dia y otro con la mayor inquietud esta carta, y debanábanse los sesos para adivinar los motivos que podian retardarla. Los periódicos publicaron la combinacion ministerial que colocaba á Fremicourt á la cabeza del consejo, anunciando todo para el un poder fácil y duradero. En esta expectativa se pasó un mes, dia trás dia, semana tras-semana. Solo aguardaban para marchar señal, pero esta señal no se daba. Despues de un siglo de angustia y de duda, la señora de Lewardeen se fijó en el pensamiento de Fremicourt, habria escrito alguna carta, y que la distancia que separaba de París la Holanda, y sobre todo la Frisia, causaba dificultades de correo y de comunicacion que habrian podido causar el extravio de la carta del ministro.

Nos espera como esperamos su carta, dijo la condesa, ademas estamos seguras del recibimiento que nos espera, y sin duda ha pensado que la noticia de su entrada en el poder, debia bastárnos para ponernos en camino. Esta es una delicadeza en la que le á confirmado el deseo de no herir la opinion que Samuel le habia espresado al

tiempo de partir. Quiere dejarnos, á los ojos del doctor, toda la responsabilidad de nuestro viaje.

Acabó por infundir este mismo modo de pensar á Juana, á quien ya se le hacia tarde el verse enfrente de la gloria que le estaba prometida. La incertidumbre y la esperanza la mataban. Partieron, pues, dejando una carta de tierna despedida para Samuel.

«Voy á buscar la gloria que me está prometida, y volveré á traerla á mi desposado.»

Samuel habia aguardado, para dejar á Leiden y regresar a Nicolaasga, que un amigo le anunciara la partida de la condesa y de su hija. Tan luego como recibió esta noticia, emprendió el viage. Imposible es decir el dolor profundo que sintió al ver la casa de campo herméticamente cerrada, y en un aislamiento mudo. Un campesino constituido en conserge de esta finca, le dijo que dentro de ocho dias entrarian en posesion de ella las personas que la habian tomado en arrendamiento. Esta fué una nueva desgracia para Samuel, quien se apresuró á pedir la llave de la casa, con objeto de visitarla por la última vez. El horroroso desorden causado por el abandono, principiaba ya á establecerse en ella. En los invernaderos caian las flores, faltas de cuidado, lánguidas sobre sus tallos, las pajareras abiertas habian dejado volar á la mayor parte de sus huéspedes; y el terror de

los lagartos, cuando el doctor se aproximó al pabellon que ellos ocupaban, atestiguaba que hacia mucho tiempo que no se ocupaban de ellos.

El interior de la casa no estaba menos desolado. El desorden se habia estendido por todas partes, como esas tristes plantas parásitas que se apresuran a brotar en un campo que desprecia el agricultor.

Amuel se sentó tristemente en el gabinete donde tantas veces habia pasado dulcemente las horas, al lado de Juana que le escuchaba conmovida y encantada, cuando hablaba de su próxima union.

Ahora comprendia demasiado que estaban ya separados para siempre.

Largo tiempo permaneció en aquel sitio, tras-pasado de dolor, y con la cabeza inclinada sobre su pecho. Al fin, haciendo un esfuerzo de valor, se separó de aquellos lugares, cuya vista le era á la vez tan querida y tan penosa. Antes de alejarse, dió sin embargo órdenes para trasladar al nuevo domicilio que iba á habitar en el extremo del pueblo, las flores, los insectos, y los animales en que otro tiempo cuidaba Juana con tanto placer. Pareciale que rodeándose de estos objetos sufría menos el abandono en que le dejaba la partida de la ingrata.

Una vez instalado en su nueva casita, admitió

á su servicio á una vieja á quien la muerte de su marido acababa de dejar sin recursos, y acabó poco á poco por familiarizarse con el género de vida que debia hacer en lo sucesivo. Durante el dia, sus escursiones por el campo para visitar los enfermos, por la noche el estudio y la lectura le consolaban dándole el olvido. Sin embargo, cuando sus pensamientos se trasladaban á París, lo que muchas veces le aconteció, un sudor frio helaba su frente, y su corazon latia con violencia. Una sola carta habia recibido de esta ciudad. Era una palabra de Juana, escrita el dia mismo de su entrada en aquella capital, objeto de tantos deseos. Esta carta estaba llena de alegria y de esperanza. Desde entonces no habia vuelto á recibir ninguna otra noticia de la jóven y su madre, y solo de allí á seis meses el agente de negocios de la condesa de Lewardeen, recibió órden de París para vender la casa de campo. Samuel reunió todo cuanto poseia á fin de quedarse con aquella finca. Alguos de sus amigos le facilitaron el dinero que le faltaba, y cuando se supo en el pais que el doctor Cordier se presentaba como comprador de la casa de la condesa de Lewardeen, nadie quiso pujar. Samuel, sin sospecharlo siquiera, fue de este modo causa de que la quinta se vendiese á bajo precio á falta de concurrencia. Su primer cuidado despues de haber tomado posesion de esta casa,

fué el de restablecer en ella todo, como cuando Juana la habitaba; los muebles manchados por la negligencia de los inquilinos que habian pasado en ella una temporada, fueron restaurados con religioso esmero. Los invernaderos se volvieron á poblar de flores y de insectos; la pajarera y las viviendas de los lagartos volvieron á encerrar huéspedes alegres y felices.

Samuel se esforzaba en engañar á su propio dolor. Todas sus cartas á madama de Lewardeen y á Juana, quedaron sin respuestas. La condesa y su hija parecian haber borrado de su pensamiento hasta el recuerdo de su amigo.



SEGUNDA PARTE.

LA GLORIA DE UNA MUJER.

I.

En París.

En el momento de dejar á Nicolaasga y parti^o para París, objeto de todos sus sueños, de todos sus deseos, de todas sus esperanzas, Juana se llenó de tristeza y casi de remordimientos. Sintió desmayarse su confianza en el porvenir. presentósele en todo su inestimable valor la felicidad que abandonaba. La vida dulce y tranquila del campo,

la ternura de Samuel, la ingratitud con que su madre y ella misma pagaban sus beneficios, despedazaron su corazón y ahuyentaron de él la alegría para impregnarlo de amargura y de remordimientos.

Pero el encanto y el movimiento del viaje, le volvieron poco á poco á sus primeras ideas. Apenas vió desaparecer tras de sí el puerto de Lemmer (1), cuando los recuerdos de la Frisia huyeron lejos de ella como el horizonte de la provincia que abandonaba concluyeron por extinguirse para dejar lugar á una rabiosa inmensidad de esperanzas. Sentada al lado de su madre en la cubierta del barco de vapor, lanzabase impetuosamente hacia la existencia nueva que á sus deseos se abría, y que todo parecía favorecer; la calma de la navegación, la pureza del cielo, lo templado de la atmósfera y hasta la dulce brisa que venia á acariciar muellemente los cabellos de la hermosa jóven, libres ya de los lazos de oro del Kap-oor.

Ningun incidente turbó el viaje de las dos felices mujeres, y la condesa de Lewardeen se entregaba quizás con una confianza mas ilimitada que Juana, al nuevo porvenir que iban á buscar. Su

(1) Lemmer es un pequeño puerto de la Frisia. Esta ciudad fué en otro tiempo una de las mas florecientes del país. Hoy no tiene mas importancia que Greport ó cualquier otro de nuestros pueblitos marítimos.

orgullo maternal no experimentaba siquiera los ligeros recelos que semejantes á nubes blancas en un cielo azul, se presentaban en la imaginación de la joven; para ella, intentar era conseguir, marchar era llegar. Ni una ni otra dudaban de su experiencia de la vida desconocida en la cual entraba y sin embargo la condesa de Lewardeen no era de las dos las menos extranjera en París, y la que menos ignoraba sus hábitos, sus usos y sus costumbres. Educada en provincia, largo tiempo víctima de las agitaciones de la desgracia, apenas había entrevisto aquella capital y en los doce años que pasó en la soledad de Nicolaasga, llegó á olvidar lo poco que había aprendido. Así es que sin guía penetraban en el dédalo; sin armas ofensivas ni defensivas se presentaban al combate.

Cuando la diligencia en que iban Juana y su madre pasó las barreras de París, un hermoso y vivo sol de primavera derramaba sus esplendores sobre la ciudad, y le daba un brillo que realzaba mas la magestad de sus monumentos y la grandeza imponente de su aspecto.

Eva al abrir los ojos en el Paraíso terrestre se entregó á mayor alegría y transporte de la joven frisona al verse dentro de la capital del mundo artístico, y en medio de sus maravillas. Todo excitaba su admiración y su entusiasmo, cogía las manos de su madre, las llevaba á sus labios, la daba

las gracias por haberla llevado à aquel mundo de arte y de gloria, ni un temor, ni una duda quedó ya en su pensamiento.

Antes de dejar la Holanda la condesa de Le-warden siguiendo el uso de los extranjeros que se ponen en camino, habia pedido notas y apuntes à muchas personas que habian hecho antes el viage de Francia, pero por desgracia, se dirigió con preferencia à su agente de negocios, que hacia quince años faltaba de Francia. Este hombre indicó à la condesa como le fonda mejor, la del *Leon de oro* calle de Greneta,

Déjase conocer fácilmente que despues de quince años, la posada del *Leon de oro*, que jamás fué sino una fonda de segundo orden, habria perdido singularmente su voga de otro tiempo: al ver esta hospederia húmeda, cuya negra fachada se elevaba en una calle sombría, y en cuyo umbral habia criados sucios y mal vestidos, el corazon expansivo de las dos mujeres se contrajo y perdió toda su alegría. Hubieran querido volver atrás y buscar otro alojamiento; pero ya se habian apoderado de su equipage, y las arrastraban mas bien que las conducian à un espacioso cuarto frio y destartelado, cuyos muebles desordenados y sucios formaban con risueña y aseada casita de Nicolaasga el mas cruel contraste.

Juana y su madre se miraron desanimadas.

—Que importa! replicó Juana, que importa! este es el resultado de una equivocacion; mañana nos iremos de este incidente de nuestro viaje; hoy tomemos nuestro partido. Es menester escribir inmediatamente á Fremicourt; sus consejos nos sacarán de nuestro destierro, si ya no es que quiera devolvernos la hospitalidad que recibió de nosotras en otro tiempo. Nos alojará en el ministerio al lado de su mujer, hasta que los cuidados de esta nos hayan guiado en la eleccion de una buena casa.

Pidió recado de escribir, y taazó el siguiente billete:

«Señor ministro:

«Al despediros de nosotras el año pasado, vuestras últimas palabras fueron las siguientes:

»A París! à París!

»Ya estamos en París, cerca de vos, y algo estraviadas en medio de esta inmensa ciudad.

»No tenemos esperanzas sino en vos, y mi madre os aguarda con impaciencia.»

«*Juana Van-Lewardeen.*»

Dió orden que llevasen inmediatamente esta carta al ministro y se puso al momento al tocador.

—Su escelencia no puede tardar en venir, dijo

dándose prisa y mientras su corazón palpitaba entre el temor y la esperanza.

Pasó una hora, otra y otra y toda la noche sin que pareciese Fremicourt. Cada ruido de coche que resonaba en la calle hacia levantar y correr á la ventana a Juana cuyo rostro se cubria alternativamente de rubor y palidez. A las doce de la noche fué preciso que la pobre desanimada se acostase avergonzada y descontenta por la poca prisa que se daba el ministro en acudir á su llamamiento.

La condesa agotò toda su dialéctica y todos sus raciocinios para disculpar al ministro: indudablemente no se halla en París, ó el rey le habrá llamado y lo detendrá á su lado: quizá tambien el criado encargado de llevar la carta no haya desempeñado su comision. Sea de esto lo que quiera Juana no cerrò los ojos en toda la noche. Al siguiente dia, antes de amanecer se levantò y escribió esta segunda carta.

«Señor ministro:

«Mi madre quiere persuadirme que mi billete de ayer no ha llegado á vuestras manos; pero yo me temo de que os hayais olvidado de vuestros amigos de Nicolaasga y sobre todo de

Juana Van-Lewardeen

Esta vez para mayor seguridad se echó la carta en el correo.

El día se pasó en la misma soledad que la víspera, Ni pareció el ministro, ni recibieron el menor recado suyo.

Juana afeetò al principio una indiferencia desdenosa, pero al fin se escaparon de sus ojos lágrimas de cólera y de vergüenza.

La condesa participaba de su indignacion.

—No es en Holanda, decia, donde de este modo se desconocen los deberes de la hospitalidad. Nosotras le hemos recibido como á un amigo, y él nos trata como extranjeras.

Ocho dias transcurrieron todavia, durante los cuales la condesa de Lewardeen, tomó á su cargo escribir de nuevo y en secreto á Fremicourt: quejose dulcemente en esta carta de la indiferencia de su antiguo huésped, y le suplicaba en nombre de Juana que viniera á sacarlas el aislamiento y del tedio en que vivian.

Esta tercera carta recibió la misma respuesta que las dos primeras.

Entre tanto la situacion de las dos frisonas era cada vez mas penosa. Habitadas à la vida activa y al aire abundante del campo, se marchitaban en medio de su prision sombría y mal sana. No contribuían poco à sus sufrimientos las viandas insípidas y odiosas que les servian en su mesa. Además

apenas se atrevían á salir algunas veces, temiendo que en su corta ausencia viniera el ministro á visitarlas. Cada hora tenía para ellas la duración de un mes. Una mañana madama de Lewardeen alegó no sé que pretesto para salir, hizo traer un fiacre, subió á él, y mandó al cochero que la condujera al ministerio.

Introducida en la antecámara, el portero que estaba de servicio le preguntó si tenía esquila de audiencia. La condesa le entregó una tarjeta, segura, añadió, que su nombre bastaría para ser admitida delante de S. E.

El portero tomó la tarjeta, y transcurrió una hora, durante la cual vió la condesa entrar sucesivamente en el despacho del ministro las diferentes personas que la habían precedido en la antecámara. Al fin llególe su vez, y poco tardaría en presentarse al ingrato cuya conducta no podía explicarse, sino por el resultado de una equivocación. Ya esperaba no sin alguna emoción, la señal de la campanilla, cuando el portero le anunció, así como á otros dos ó tres dependientes.

—S. E. acaba de ser llamado al consejo de ministros.

La condesa de Lewardeen tuvo que volverse á su casa sin haber visto á Fremicourt.

Abrumada de indignación y de vergüenza, entró tan conmovida que prorumpió en llanto y

confesò á Juana el paso que habia dado sin consultar á su hija, y la afrenta que acababa de recibir. Las dos pobres mujeres buscaron inútilmente los motivos que podian obligar al ministro á mostrar tanta ingratitud hacia ellas.

—No importa, exclamò Juana, para nada le necesitamos. Sin él sabré conquistarme un hombre literario; á nadie deberé nada sino á mi misma. Consoláos, madre mia, mi corazon me dice que hemos de ser felices.

A estas consoladoras palabras se reanimó la condesa.

Sin embargo aunque se sintiesen algo consoladas y les hubiese dado fuerzas la indignacion, cada una de ellas por su lado en silencio y sin decir nada á su compañera no cesaba de discurrir sobre los motivos de la estraña conducta de Fremicourt. Como acontece siempre, dirigieron sus investigaciones muy lejos de la realidad. En cuanto á nosotros, si el lector quiere escucharnos algunos instantes con paciencia, vamos á intentar una via mas próxima á la verosimilitud; quizás acertemos.

Cuando Fremicourt visitó la Frisia, estaba desembarazado de la carga de los negocios de Estado y víctima de dolores domésticos, que no por haberlos provocado, sentia con menos amargura. Nada, como no sea la enfermedad, purifica mas

el alma que el pesar y la dispone á las emociones leales y puras. Asi es que una caída grave del coche, los largos padecimientos que fueron su consecuencia y la soledad de una convalecencia en pais extranjero, prepararon maravillosamente el corazon de este hombre para percibir sensaciones nobles y generosas. Cuando se halló enfrente de Juana, no pudo ver impunemente tanta hermosura, tanta gracia y tanto candor unidas á una imaginacion de poeta y á un talento superior. Hay mujeres que no ven en las flores mas que tallos que romper y coronas que entretejer, de modo que no saben admirar sus corolas encantadoras, ni respirar su perfume sin arrancarlas y marchitarlas. Fremicourt obró como estas mujeres. Sin pensar que Juana vivia feliz y contenta en su rincon oscuro de la Frisia; sin reflexionar que nada tenia que temer ella ni de los rayos abrasadores de la ambicion, ni de las tempestades terribles de una existencia de luchas, la arrancó implacablemente de su felicidad mostrándole un porvenir brillante; encendió en su seno la sed ardiente con que Tisifone secó los labios de Tántalo, en seguida, lo mismo que la hija de los infiernos, no se curó de apagar esta sed, y alejóse olvidado de su victima. Un duelo fatal, una horrible venganza, todo ese drama espantoso que se ha leído en *Berta Fremicourt*, y en fin su vuelta al poder,

borraron pronto, ó mas bien cambiaron pronto en su memoria la naturaleza del recuerdo que Juana habia impreso en ella al principio. Asi es que cuando despues de año y medio la jóven le escribió la carta que acabamos de leer, tomó esta carta de manos del secretario con absoluta indiferencia. Nada respondió cuando este pronunció el nombre de Juana Van Lewardeen y cerró la carta diciendo:

—Os anuncia su llegada á Paris.

Un mes despues, cuando la condesa resolvió ver al ministro, hallábase este en uno de esos estados de irritacion que explica suficientemente la situacion de un hombre víctima de los ataques y de las injusticias de la prensa. Sus enemigos acababan de darle un golpe terrible. Habia concluido con una potencia estrangera un tratado que debia, segun él, conciliarle el favor del pais; y sus intenciones, por el contrario, calumniadas y presentadas bajo un punto de vista pérfido, le valieron la indignacion general. Quizás tendria que retirarse ante la impopularidad inícuca que le abrumaba. Asi que no vió en la visita de la condesa de Lewardeen sino las pretensiones importunas de una estrangera demasiado imprudente en tomar al pié de la letra promesas vagas y ofrecimientos de pura etiqueta. Quizás no se acordaba siquiera de los motivos que llevaban é Paris à Jua-

na y á su madre. Pronto el recuerdo de la llegada de estas dos mujeres desapareció completamente de su pensamiento, como una hoja seca en medio de los furiosos torbellinos de una inmensa manga de aire.

II.

El Concurso.

Juana resolvió llegar sola al objeto que le mostrara en otro tiempo al ministro, y puso formalmente manos á la obra. Los periódicos insertaron un asunto propuesto por la academia francesa, anunciando que se iba á cerrar pronto el concurso. En dos dias escribió Juana sobre este asunto un poemita lleno de gracia y naturalidad, el cual acabó de volver en todo su fervor á la condesa la esperanza que mas de una vez habia sentido alejarse de su corazon. Abrazó á Juana derramando lágrimas; el poema fué copiado y enviado al dia siguiente al secretario de la academia, porque, como ya hemos dicho, tocaba á su término la duracion del concurso.

— Una vez coronada por la academia francesa, decia la condesa, una vez proclamada poetisa por la primera corporacion literaria de Europa, te colocarás en primera fila y todos pronunciarán tu nombre con entusiasmo. Cien mil bocas repetirán tus versos y los libreros se disputarán á precio de oro las menores producciones de tu pluma. Desde ahora hasta ese gran dia, es menester, hija mia, estudiar y trabajar en silencio, reunir materiales y riquizas, Prepárate á corresponder con otras obras maestras á la que estoy segura debe darte los sufragios de la academia. Ven y abrázame otra vez, hija mia, y demos gracias á Dios por habernos inspirado el pensamiento de venir á Paris, él es quien á dado el olvido al corazon de Fremicourt, para que todo te lo debas á ti misma; para que triunfes sola, débil niña, sin protector y sin guia!

Tales eran las palabras repetidas sin cesar por la condesa de Lewardeen á su hija, quien participaba de la confianza y de la esperanza de su madre. Resolvieron dejar el alojamiento incómodo y triste que ocupaban, y eligieron una linda casa en uno de los barrios elegantes del nuevo Paris. Instalàronse en ella de una manera decorosa, compraron muebles y formaron su delicioso nido. Cuando el tapicero, el ebanista y los demas artesanos que habian trabajado en componer y ador-

nar la casa, presentaron sus cuentas á la condesa de Lewardeen; al examinar esta la suma total de ellas, sintió humedecerse su frente de un sudor frío. El precio de los muebles y el importe de los jornales, escedían en mucho á los diez mil francos que la condesa habia llevado á Paris. Nada tiene esto de particular porque habia comprado, como lo hubiera hecho en Holanda, sin informarse del precio de las cosas ni regatearlas. Juana se rió de la consternacion de su madre, y encontró medio, á fuerza de alegría y locuacidad, de volver alguna calma á madama de Lewardeen. Sin embargo esta no pudo dominar completamente sus inquietudes, y á pesar de sus esfuerzos para ahuyentarlas de su espíritu, atormentábala sin cesar la consideracion de que habian gastado en un mes en Paris mas de lo que hubieran podido gastar en cinco años en Nicolaasga. Necesitaron, pues, recurrir á nuevos préstamos, escribir al agente de negocios de Amsterdam y esperar la respuesta que no llegó tan pronto como deseaban. Al fin recibieron una carta que contenia una libranza de diez mil francos, si bien acompañada de largas reflexiones sobre la dificultad que habia habido para contraer este nuevo préstamo. La carta concluia con la proposicion de que se vendieran las tierras que rodeaban la quinta.

— ¡Vender la herencia de mi marido y de tu pa-

dre! exclamó la condesa con dolor leyendo esta carta.

— ¡Y eso os atormenta, madre mia! replicó Juana. ¿Pensais volver vivir ó mas bien á morir en Holanda? ¿No está aquí la vida en medio de este movimiento intelectual que engrandece y eleva el alma? Ahora nos ahogariamos en el círculo estrecho y monótono de las costumbres de Nicolaasga. Sin fé no hay salvacion. Yo la tengo en mi próximo triunfo; marchemos pues. Dios ha colocado delante de nosotras un ángel y una columna de fuego para guiarnos al través del desierto de la esperanza. La tierra santa y los montes fecundos de Engaddi, estan al fin; dejemos al Egipto sin pesar; vale mas la pobreza en París que las comodidades en Nicolaasga. Pero nada teneis que temer de estos terribles contratiempos, madre mia. Nosotras sembramos: la recoleccion no tardará en indemnizarnos en un céntuplo de nuestras semillas. Siento crecer de dia en dia mi talento; este talento solo estaba en la cuna cuando lo admiraba Fremicourt: ahora estoy llena de poder y de fuerza. Abrazadme y no dudeis de vuestra hija

A pesar de sus inquietudes la condesa no dejaba de participar por eso y de secundar los proyectos de su hija. Ambas vivian como si su fortuna hubiese sido considerable; iban con frecuencia á los teatros: Juana, para estudiar el arte; la con-

desa para disfrutar del placer que experimentaba su hija. Además cada vez eran mas absolutos el imperio y la influencia que la jóven ejercia sobre su madre. La buena y débil muger se humillaba en secreto bajo la superioridad de su hija, no porque Juana manifestase menos afecto y respeto à su madre; sino porque se verificaba en ella, sin saberlo, una completa revolucion que hacia pasar la autoridad de la condesa à Juana, como un liquido mas ligero que se eleva poco à poco por encima de una agua mas pesada, y acaba por dominarla enteramente.

Seis meses transcurrieron de este modo después de los cuales se aproximó la época en que la academia debia juzgar las composiciones poéticas remitidas al concurso, y hacer públicas sus decisiones. Entonces principió à amainar la confianza de Juana, y aunque nada confesó à su madre, desvelaba este pensamiento por las noches, causándole abrasadores insomnios. Preguntábase con angustia qué seria de ella en el caso de una derrota. Dirijia una mirada desesperada sobre su difícil posicion, y sobre el cambio de fortuna en que se hallaria su madre, y no podia menos de espantarse ante la idea del pesar que experimentaria esta madre adorada, porque debemos decirlo en honor de la verdad, Juana no cedia esclusivamente à un pensamiento personal, deseaba la gloria y

la fortuna, pero las deseaba principalmente para su madre.

El recuerdo de Samuel venia tambien á su memoria; pensaba en su ternura y en su abnegacion, pero por nada de este mundo hubiera querido dejar sospechar al doctor las inquietudes y las dudas que abrigaba en el alma. Así es, que cada vez que tomaba la pluma para escribirle, rasgaba su carta apenas principiada. Conocia que no podia escribir con frialdad á Samuel ni dejar de hablarle de su posicion. Pero como por otro lado no queria abrirle su corazon ni engañarle, guardaba silencio. Todas estas emociones ocultas, su ausencia de la tierra natal, el aire mal sano de Paris, el insomnio y las fatigas de laboriosos estudios, imprimieron sus huellas sobre las facciones de Juana. Pálida, flaca, los ojos desencajados, sentíase devorada por un fuego, cuya violencia aumentaba las inquietudes de dia en dia. Todas las mañanas devoraba con la vista las páginas de los periódicos, buscando en ellos con avidez alguna noticia sobre el concurso. Nada hallaba relativo al fallo que tanto esperaba, y que iba á decidir de la suerte de su impaciencia, se habia dirigido á la secretaria del instituto para preguntar á los empleados en ella; pero estos nada sabian ni se cuidaban de saberlo.

Lo que ella esperaba como un condenado espe-

ra su perdon ó su sentencia de muerte, era para ellos un suceso insignificante, sin importancia, sin otro interés que el de escribir una nota, copiar una carta y remitirla por duplicado,

Entretanto Juana carecia de la suficiente libertad de espíritu para entregarse al estudio, abandonados sin restriccion y sin medios de combate, à las angustias de la expectativa. Al fin un dia descubrió en los diarios esta nota:

«La academia francesa se ha reunido hoy para deliberar sobre el concurso de poesia: los sufragios se han dividido en dos composiciones poéticas, y la academia ha aplazado para el jueves próximo la decision definitiva.»

Ocho dias! ocho dias todavia! Y no habia medios de salir de dudas, porque Juana no conocia à ningun acadèmico, y porque jamás se hubiera atrevido à presentarse desconocida, sin títulos ni recomendaciones delante de ninguno de estos ilustres personajes. Preciso era, pues, sufrir todavia una semana entera, una semana lenta y cruel como la agonía.

Durante el primer periodo de esta crisis, algunos rayos de esperanza iluminaban todavia el corazon de Juana. Al fin apoderóse de ella el desaliento completamente. No contaba ya con su triunfo, ni lo deseaba tampoco. Lo que hubiera querido, lo que hubiera pagado con su sangre,

era el fin de sus sufrimientos, era una conclusion en el horrible mal que experimentaba. Transcurridos dos ocho días, nada supo. No sé qué incidente habia impedido reunirse á la academia.

Una noche, vencida Juana por tantas emociones, se hallaba sentada tristemente al lado de su madre. El bordado en que trabajaba habia caído de sus manos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho entregábase á pensamientos llenos de amargura y de remordimientos, conociendo toda su debilidad y todo el abandono en que se hallaba desde que Samuel no estaba á su lado para sostenerla. Si hubiera estado presente, hubiérala protegido contra sí misma; hubiérala sacado de un abatimiento, hubiérala dado valor y resignación. Oh! qué bien habia predicho los tormentos que tan cruelmente la combatian! Cuánto habia trabajado para libertarla de ellos! Samuel! Samuel! Por qué habia de luchar ella mas tiempo contra una falsa vergüenza? es menester dejar inmediatamente á París. Es menester partir mañana mismo á la Frisia. Samuel perdonará los errores de su desposada, y solo tendrá para la ingrata palabras de olvido y de ternura.

Oh! cuán feliz seria si volviese á la Holanda! Creo que se acabarían todas nuestras desgracias desde el momento que pisára las losas del puerto

de Roterdan, esa primera ciudad que saluda al llegar á la Holanda! Cuánto daría por volver á ver aunque de lejos, su antigua iglesia, sus casas inclinadas, sus hermosos árboles y sus canales.

Juana enjugó las lágrimas que estos pensamientos habian agolpado á sus ojos, y dijo alargando la mano á su madre:

—Muchos pesares te he causado en el espacio de ocho meses; no quiero que sufras más tiempo por mí. Dejemos á Paris, volvamos á Nicolaasga, allado de Samuel.

La señora de Lewardeen se estremeció, porque aquella misma mañana habia escrito otra vez á su apoderado, encargándole que vendiera otra porcion de tierras de las que rodeaban la quinta: nada habia dicho á su hija por no aumentar su dolor. Veia con espanto desmembrarse poco á poco su pequeña fortuna, mas que suficiente en Holanda, pero que se desvanecia rápidamente como el humo, son el ardor de la vida costosa de Paris.

—Loado sea Dios! exclamó juntando las manos, porque te inspira un pensamiento de salvacion. Si, hija mia, renuncia tus sueños de gloria, que tanto mal te causan; volvamos á tomar nuestra existencia de otro tiempo, tan dulce en su sencillez. Nicolaasga! A la idea de volver á ver aquellos lugares queridos, no siento ya pesares ni inquietudes. Partamos; algunos años de economía

bastarán para recuperar las sumas considerables que hemos gastado aquí. Partamos! Todavía es posible para nosotras la felicidad. Partamos, hija mia! partamos.

—Lo deseo con tanta impaciencia como vos, madre mia. Ningun sentimiento me costará dejar à Paris; ni un suspiro esa gloria que me habian prometido, y que como las demas palabras de ese hombre, era solo mentira ingratitud y decepcion. Quiero volver à ver mi hermoso lago y mis verdes praderas, quiero volver à gozar de mi vida libre, independiente y llena de poesia. No haya miedo que vuelva à abandonarlas, porque ya conozco demasiado su precio para esponerme de nuevo à perderlas.

Todavía hablaba cuando su camarera trajo los diarios. En su desaliento, Juana habia olvidado enviar por ellos. Los abrió desdeñosamente y los recogió con la vista. De repente lanzó un grito, y su madre la vió desfallecer y palidecer à la vez.

—Juana, hija mia, que tienes? qué dolor repentino te acomete?

—No es dolor, madre mia, respondió Juana reanimándose, no, no es dolor, sino felicidad. Es un gozo, madre mia, tal como los ángeles lo sienten en el cielo delante de Dios. Madre mia! madre mia! La academia me ha concedido el premio de poesia! Mi nombre no es ya obscuro y perdido en

la multitud. Ya no puede dudarlo. Dios me ha marcado en la frente con el sello divino de la poesía. Mías son la gloria y la felicidad. Hânse realizado al fin todos mis sueños, aun los mas imposibles y los mas orgullosos! No morirá ya el nombre de Juana! Oh! voy á sucumbir á tantas emociones! Dios mio! dadme fuerzas para soportar la inmensidad de mi dicha!

La condesa no estaba menos turbada que Juana: leia y releia con los ojos llenos de lágrimas, el artículo del diario, que habia causado tanta alegría á su hija y á ella.

Hé aquí el contenido de este artículo:

«La academia francesa se ha reunido hoy para discernir su premio anual de poesía. Dos composiciones en verso dividian los sufragios en número igual de votos; despues de vivas discusiones, se ha decidido que se reparta el premio entre los dos concurrentes. Se han abierto los pliegos cerrados que contenian sus nombres, y se han declarado premiados á Mr. Antonio de Lauménat, poeta ya conocido por numerosos triunfos académicos, y á la señorita Juana de Lewardeen.»

De este modo se cumplieron las predicciones y las promesas de Fremicourt! No en vano habia vaticinado la gloria á Juana! Era una verdadera poetisa, á quien el destino reservaba grandes triunfos!... Todos sus padecimientos, todas sus resolu-

ciones de abandonar à Paris fueron olvidadas en un instante, y ya no se acordaba haber experimentado dolor, pesar, ni arrepentimiento. Su corazón latía fuertemente; un ligero vértigo trastornaba su cabeza!... Pasó la noche desvelada y en una fiebre ardiente; pero qué importa? delante de tanta felicidad, quien puede sentirse débil? Una reina debe mostrarse poderosa y fuerte.... y no acababan de colocar en su frente la mas noble, la mas brillante de todas las coronas, la del arte?

En la mañana del siguiente día corrió con su madre à casa del secretario de la academia francesa. Era este el célebre Arnault, quien al ver à una jóven tan hermosa, tan candorosa, y de un corazón tan generoso, no pudo contener un suspiro,

— Si, señorita. dijo; la academia francesa os ha concedido su premio à la poesia, y colocará pronto su corona sobre vuestra frente en su sesion pública, delante de lo mas escogido de Paris. Deseo que tan grande triunfo no turbe vuestra cabeza ni encienda demasiado vuestro orgullo. No exajereis la importancia de vuestro triunfo: es grande, sin duda, pero no es mas que un primer paso, despues del cual es todavia muy posible la caída. Tratad, pues, de alejar la embriaguez de vuestro cerebro, para no tropezar. Os pido perdon, porque turbó vuestra alegría y represento el papel del

esclavo que entre los romances decia al triunfador: «Acuerdate de que eres hombre;» esta es una prueba de interés que no daria yo á todo el mundo. Dios os proteja, amable niña; porque jamás os ha sido mas necesaria su proteccion: os hallais en medio de las mas temibles seducciones; vais á tener enemigos peligrosos con su envidia, y amigos mucho mas peligrosos con su imprudencia. Permitidme que procure libertaros de antemano de estos peligros. y ponéos en guardia contra tantas emboscadas.

Mugeres mas experimentadas que vos han succumbido á ellas. Si supiéseis latin os diria *axperto crede Roberto*; como no os hago la injuria de esta suposicion, os diré sencillamente que mas de una vez he llorado por eso que han convenido en llamar mi reputacion, y que la vanidad me ha hecho caer en lazos que con un poco mas de modestia y de prudencia hubiera muy bien evitado.»

Estas palabras del anciano hicieron poca impresion á Juana, atribuyéndolas á la edad y al humor tétrico de Arnault. Absorvíale solamente la sesion pública de la academia: creia oir los gritos de la asamblea, aplaudiendo estrepitosamente sus versos y se entregaba completamente á esa alegría inmensa que ha descrito Horacio diciendo: «Si me saludais con el nombre de poeta, tocaré á los astros con mi cabeza sublime.»

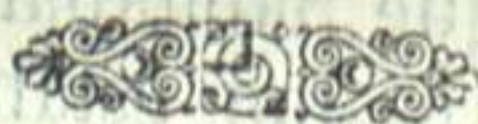
Hay emociones y alegrías que no pueden explicarse con palabras humanas. Estas alegrías y estas emociones inundaron el corazón de Juana hasta el día de la sesión de la academia francesa. Ella se embriaga con lo presente y se lanzaba con entusiasmo al porvenir; ya no se acordaba de lo pasado sino raras veces y con desden; le parecía que su existencia de otro tiempo no era mas que un sueño lejano que no habia dejado huella. Se dedicó al trabajo con ardor, todas las semanas producía algun poemita lleno de naturalidad y de gracia; queria reunir tesoros para publicar, poco tiempo despues de la sesión de la academia, un volumen que la colocase de una vez entre los poetas. Además, y ella se ruborizaba casi de verse obligada a entregarse á este pensamiento, no era necesario pensar tambien en la fortuna, aunque no fuese mas que para librar á su buena madre de toda inquietud? Cuando la condesa se vea propietaria de una encantadora casita rodeada de un jardín, y reuniendo á la vez las ventajas de la ciudad y las dulzuras del campo, se sentirá enteramente tranquila, y no echará ya de menos á la Frisia. Qué felicidad experimentará Juana cuando llene de encantos y de felicidad la vida de su madre, y se diga al verla feliz y risueña: su alegría es mi obra!

A este pensamiento, el noble ardor de la inspiracion abrasaba su mente y hacia latir su corazon; los bersos brotaban numerosos y brillantes de su pensamiento fecundo; jàmas el talento de la jóven habia tenido tanto brillo y tanta mágia..

Por su parte, la condesa de Lewardeen, tranquila sobre el porvenir, renunciaba el escrúpulo de una economia que ya le era inútil, y se complacia en satísfacer los gustos pròdigos á los cuales su hija pronto podria entregarse sin reserva, pues era indispensable que ocupase convenientemente el rango que acababa de conquistarse. Desde el tercer piso que habitaban, las dos mugeres bajaron al primero que estaba desalquilado; se agregaron á la camarera un criado y una cocinera; en fin todas las noches un elegante cupé conducia à Juana y á su madre á uno de los teatros, asistiendo principalmente à los de Opera y los Italianos donde alquilaron un palco de dos asientos. No era menester que Juana bebiese la inspiracion en las emociones de la osecna y de la mùsica, y ademas su madre era tan feliz cuando veia dirigirse todas las miradas hácia la jóven frisona!... En todas partes preguntaban con admiracion quién era aquella desconocida tan hermosa.

En aquella época fué cuando el apoderado que tenian en Amstérdan recibió la órden de vender

definitivamente la casa de Nicolaasga y las pocas
tierras que quedaban de esta posesion. Ya que la
victoria era segura, creian poder sin cuidado
quemar sus naves.



III

La sesion pública.

Al fin llegó el gran día de la sesion pública. Juana ataviada con elegante sencillez se dirigió acompañada de su madre al instituto. Un simple vestido blanco, una cinta azul sujetando sus hermosos cabellos rubios, realzaba la frescura de su tez y la pureza de sus facciones; así es que cuando la vió el secretario perpétuo se desarrugó su frente habitualmente sarcástica.

— Dios os conserve siempre tan bella y candorosa como sois, le dijo, y sobre todo aleje de vos la imprudencia y el orgullo! Si evitais estos dos escollos, os bastará abrir las alas para volar al cielo, porque sois un verdadero àngel.

Entretanto una multitud inmensa, lo mas escogido de la sociedad parisiense, llegaba presurosa y llenaba la sala. El secretario perpétuo decia complacido a Juana los nombres de los personajes ilustres que se hallaban en el auditorio ó que ocupaban los sillones de la academia. A la vista de dos individuos del instituto que entraban asidos del brazo, Juana no pudo reprimir un ligero grito de sorpresa... eran Fremicourt y su amigo el sábio quimico Gabriel Ruscomsetz

Al ver Fremicourt á Juana y á su madre, fijò los ojos en ellas con la espresion de una persona que quiere reconocer facciones y fórmulas con nombres que no le son estraños. Habia olvidado en medio de la barahunda de los negocios las cartas escritas por Juana y la condesa; pero al fin examinándolas detenidamente, se acordó que dos años antes habia recibido de aquellas dos mujeres una generosa hospitalidad, sin imutarse y sin manifestar la menor perplejidad, se dirigió á las damas frisonas y con la sonrisa en los labios las saludò y les alargó la mano.

—Ignoraba que V. E. conociese à nuestra encantadora laureada, dijo el secretario perpétuo, mientras que un rápido rubor cubria el rostro de Juana, y se esparcia con profusion por sus hombros, y por su seno.

—Somos antiguos amigos, respondió Fremicourt,

sin querer notar la frialdad ceremoniosa con que le saludaban la condesa y su hija.

Después, como sino hubiese sabido en aquel mismo instante que Juana iba á recibir una corona, añadió con la calma y la presencia de espíritu de un hombre á quien nada puede alterar.

—Talvez me habreis acusado de ingratitud y de olvido, no es verdad? Largo tiempo no habeis comprendido las pruebas de afecto que os daba guardando silencio sobre vuestras cartas. Hoy que me haceis justicia os perdono lo mal que habeis pensado de mi.

Y como Juana le mirase con sorpresa.

—Si, continuó, fingid que no me comprendéis. Si yo hubiese acudido en vuestro auxilio, no tendriais hoy la felicidad de deciros que habeis llegado al triunfo, sola, sin proteccion, sin ayuda, por la fuerza sola de vuestro talento. Además si hubiesen sospechado el interés que tomaba por vos, mis antagonistas lo hubieran sido vuestros tambien, y no hubieran dejado de ver en vuestro triunfo la obra de mi influencia ministerial. Dadme, pues, las gracias y pedidme perdón.

Habia en estas palabras tan aparente buena fe, fueron dichas con tanta serenidad, que Juana se inclinó á creenlas. Por otra parte, si el ministro se habia olvidado de ella, no procuraba en aquel momento reparar sus faltas? Y además podia

en momento tan grave y tan solemne conservar en medio de su felicidad un sentimiento de rencor ó de ódio? Oh! no. Antes bien con un sincero abandono colocó su mano en la mano de Fremicourt.

Entretanto se declaró abierta la sesión. Fremicourt en lugar de ir á ocupar el asiento que le estaba reservado en el estrado, entre sus colegas, se quedó al lado de las dos frisonas.

Ocuparon la primera parte de la sesión un discurso de apertura y muchas lecturas sucesivas. Al fin llegó el momento de proclamar á los premiados, y la voz del secretario perpétuo, nombró á los dos poetas llamados á participar del premio de poesía.

El primero que se levantó para recibir la corona académica fué Mr. Antonin Laumenat. Fremicourt, con un imperceptible movimiento, detuvo á Juana sentada en su silla mientras el poeta se dirigía solo al estrado. Era este un hombreillo gordo, calvo, con los ojos cubiertos con disformes antiparras y cuyo vientre exagerado hacía un personaje bastante grotesco. Además, era hombre de cuarenta años, habituado ya á las coronas académicas y que obtenia por la quinta ó sexta vez el premio de poesía! Cuando se volvió á su asiento, dijo el ministro en voz baja á Juana: —Levantaos ahora.

Así lo hizo, y al verla tan jóven y tan hermosa, oyéronse por todas partes gritos de admiración; por tres ó cuatro veces aplaudieron con entusiasmo, mientras que lágrimas de ternura rodaban por las mejillas de la venturosa Juana. Con un movimiento lleno de gracia y de pasión estendió agradecida los brazos hacia aquellos que la embriagaban con tanta felicidad; entonces el entusiasmo de los espectadores no tuvo freno, y la sesión fué interrumpida durante mas de un cuarto de hora. La calma no se restableció sino à la voz del presidente, que anunció que se iba à proceder à la lectura de las composiciones de los dos premiados.

Mr. Antonin de Laumenat, habia desempeñado el asunto propuesto en forma de epístola. Su obra estaba sábiamente combinada y escrita con una corrección notable: nadie hubiera sabido li-
mar mejor un verso, ni medir dos emistiquios. El mas hábil versificador no le hubiera igualado en la exacta medida de los versos; tenia todo de Boileau: menos el génio. Los versos se desplegaban fácilmente, la rima no carecia de armonia, y la debilidad de los pensamientos estaba compensada con la corrección de la forma; pues ni una sola mancha empañaba la pureza intachable de aquella obra casi mecánica. El mas riguroso examen no hubiera podido hallar en ella nada que re-

prender; en fin, tres ó cuatro pensamientos ingenioso reflejaban sobre el conjunto un falso brillo que podia deslumbrar fácilmente.

Escucharon, pues, y aplaudieron concienzudamente aquella obra concienzuda, cuyos trozos mas notables supo el académico encargado de su lectura, hacer resaltar hábilmente disimulando lo que podia haber en ella de incompleto.

El secretario perpétuo quiso leer él mismo la composicion de Juana.

Desde los primeros versos apodérose del auditorio y lo dominó esa poesia fresca, viva, apasionada que debe su forma à la inspiracion y no al arte. Preguntábanse todos admirados, como una jóven, una niña, habia podido encontrar de este modo el secreto de conmover á su antojo una asamblea compuesta de personas que no conocian ya las sensaciones del arte.

Varias veces interrumpió al lector la emocion general; unos batian las manos, otros lloraban, y cosa inaudita en los factos académicos, cuando se concluyó la lectura, en medio de los aplausos de todos, se levantaron mil veces para pedir que se volviera á leer la obra de la jóven. Fremicourt, con un movimiento espontáneo condujo à Juana al estrado, y le puso el manuscrito en las manos, antes que ella tuviera tiempo de discurrir. Faltan las palabras para expresar los movimientos de la

multitud, cuando vi á la hermosa jóven preparada é leer sus versos. Al principio fueron gritos, bravos, estrepitosas palmadas. Sucedióle un silencio religioso y profundo; cada palabra de aquella voz tímida y débil llegaba hasta el último de los espectadores que escuchaban ávidamente. Juana se tranquilizó poco á poco, asegurose su voz y tomó un carácter á la vez dulce é impaciente. Porción de hermosos pormenores que se habían escapado en la primera lectura, se apercibieron esta vez. En fin, cuando Juana llegó á un trozo patético, cuando las lágrimas alteraron su voz conmovida, el llanto de toda la asamblea le respondió. ¿Será preciso añadir que concluida la lectura volvieron á principiar las aclamaciones? Todos rodearon y felicitaron á Juana y á su dichosa madre. Las mugeres le arrojaban sus ramos, y parece que se disputaban la dicha de dirigirlas una palabra de enhorabuena y de entusiasmo, y de estrechar su mano y de obtener una mirada suya. Juana no podía dominar tanta emoción y estaba á punto de desmayarse.

— Con mi autoridad de ministro, dijo Fremicourt, os prescribo que me acompañéis á mi casa, donde os esperaban mi esposa y algunos amigos impacientes por conocer á mi encantadora poetisa frisona. Vamos á tomar mi coche por este corredor destinado á los miembros del instituto, y al

cual me es preciso conduciros para que vuestros fanáticos admiradores no os sofoquen. Reponéos un poco; respirad libremente, enjugad las lagrimas que humedecen vuestro ojos, y dejad á vuestro corazon el tiempo que necesita para calmar sus palpitaciones aceleradas. Ahora que estais menos agitada abrazad á vuestra buena madre, casi tan turbada como vos y que no puede menos de estrecharos contra su corazon. Ea, ahora dadme vuestro brazo y venid.

Por la parte de afuera una multitud inmensa rodeaba el coche del ministro. Cuando apareció Juana, levantóse un murmullo de admiracion y de curiosidad satisfecha: los espectadores todos le abrieron respetuosamente paso, y por última vez resonaron numerosos aplausos.

—En un dia como este debería una morir, exclamó Juana, dejándose llevar casi desfallecida al seno de su madre.

Fremicourt suspiró tristemente.

—Querida niña, dijo, daría sin vacilar mi fama de hombre de estado, mi rango, mi poder, por las emociones que experimentáis en este momento. ¡Ay! en toda mi vida he tenido un dia marcado con semejante júbileo!

Cayó en una triste amargura y profunda. Juana dulcemente apoyada en el hombro de su madre, entregabase á la muelle languidez de las

emociones que la habian afectado. La condesa feliz y orgullosa, contemplaba con orgullo á su amada hija, sintiendo dentro de su corazon un paraíso de felicidad.

Al llegar al ministerio, cada una de estas tres personas salió de la meditacion en que por espacio de algunos momentos habian estado silenciosamente sumergidas. Fremicourt presentó su brazo á Juana, y la condesa los acompañó al salon, donde ya se hallaban reunidas muchas personas. En medio de ellas, cerca de la chimenea, veíase sentada en un ancho sillal á una muger, jóven todavía, pero en cuyas facciones la enfermedad y el pesar habian impreso sus irrecusables huellas.

Al ver al ministro y á las personas que le acompañaban tembló repentinamente, brillando en su rostro un rápido rubor que se estinguió al momento.

—La señora condesa de Lewardeen, dijo Mauricio á su esposa, ha querido presentarte á su amada hija, la señorita Juana, á quien la academia francesa acaba de coronar. Frecuentemente os he hablado, añadió, de la buena hospitalidad que he recibido en casa de la señora condesa, cuando viajaba por Holanda.

La presencia de Fremicourt parecia ejercer sobre su muger la fascinacion de la serpiente sobre la presa que vá á devorar. La esposa del ministro

contestó con palabras afectuosas à la condesa, felicitò á Juaná por su triunfo, y se dejó caer en su sillón, tan fatigada por tan corto esfuerzo, que parecía casi desmayada, humedeciendo un sudor frío su frente pálida.

—Permitidme ahora que os presente á los amigos que rodean á mi esposa, dijo Fremicourt con imperceptible ironía.... Príncipe y princesa de Matthisesen... Me alegro ver á VV. AA.: ignoraba que estuviese en Paris, interrumpió saludándolos.

El príncipe y su esposa contestaron con una inclinación ceremoniosa al saludo del ministro: las mejillas de la princesa, á la vista de Fremicourt, se cubrieron de cierta palidez parecida á la de Berta; porque como esta, recordaba también la muerte fatal de dos hijas de su desgracia amiga y el dolor espantoso á que había sucumbido un Klopstok.

—Solo me falta presentaros á uno de mis amigos, el conde de Vandrenil, añadió el ministro, sin querer observar la coacción del príncipe y la emoción de su mujer.

Un hombre, joven todavía, se levantó y saludó; horribles cicatrices surcaban su rostro mutilado; fatal resultado de un suicidio que el desgraciado había ejecutado á medias. Balbuceó una respuesta con vez mas espantosa todavía que su

rostro, porque se componia de sonidos formulados con doloroso trabajo.

Juana sintió helarse toda su felicidad en medio de la tristeza y la coaccion que reinaban en este salon.

Fremicourt hablaba á todos con suma amabilidad, sosteniendo la conversacion con suma destreza y cortesania, obligando á cada uno á tomar parte en ella, y sabiendo con la magia de su talento forzar, aun á aquellos á quienes quizás su presencia era odiosa, á escucharle con interés.

---Ahora, dijo á Juana, voy á pedir un fevor: el mal estado de la salud de mi esposa le ha privado del placer de asistir esta mañana á la sesion de la academia: monseñor y S. A. la señora de Mathiesen, que solo desde ayer están en París, han participado de la privacion de mi muger: decidnos vuestro poema. Aunque muy buen lector el secretario perpétuo, ahora poco habeis probado que vuestros versos son mas lindos en vuestros labios.

Juana accedió á este deseo, y produjo una sensacion profunda en su reducido auditorio. Cuando acabó, Berta le alargò silenciosamente su mano flaca, y la princesa la abrazò con entusiasmo.

---Oh! exclamó, qué feliz, sois, hermosa y noble niña! Poseer talento y fama á vuestra edad! ¡Quièn no envidiará tanta dicha!

La princesa suspiró. — 111 —

---Dios quiera que esta dicha no sea una inexorable fatalidad, murmuró con su voz tartamuda el conde de Vandreuil; raras veces la gloria es la felicidad de una muger.

---No turbeis la alegría de Juana con vuestros siniestros pronósticos, interrumpió la señora de Fremicourt; dejadle sus ilusiones, aunque sean engañosas. Creeis que no es una dicha en este mundo tener ilusiones? Quizás no halla en él otra felicidad.

Despues, volviéndose hacia la jóven frisona, que templaba, á pesar suyo, con la prediccion del mutilado:

---Hermosa niña, dijo, vuestra inocencia y vuestro candor desarmarán á la fatalidad que jeneralmente solo alcanza á los que merecen. La desgracia es una espiacion, y los desgraciados que la sufren, si escudriñasen sinceramente su conciencia, conocerian que eran merecidos los golpes que los abruman. A los diez y ocho años, la conciencia de una jóven educada por su madre en la soledad, no debe conocer ni las faltas ni el arrepentimiento. Nada temais, no desperteis de vuestros dulces sueños y dejemos esas tristes ideas que no deben oscurecer el maa hermoso dia de vuestra vida.

---Si, añadió la Princesa de Matthiöesen, y per-

mitidme, para dejaros un recuerdo de una estrangera, que pronto se volverá á su pais del Norte para no volver á Francia, permitidme que ponga en vuestro brazo este brazalete que tenia en el mio.

Mientras que la princesa abrochaba la preciosa joya en brazo de Juana,

—Ay! dijo la señora de Fremicourt, cuanto envidio á vuestra madre, Juana! Haber recibido de Dios una hija jóven y bella, y no haber visto como yo, que le robaban este tesoro, ni haber llorado sobre un cadáver!

---Dios no ha dejado de enviarme trabajos, dijo la condesa, mucho tiempo he llorado á mi hija, pues Juana ha estado mucho tiempo sin madre.

Y refirió sencillamente y con viva emocion la historia de Juana tanto tiempo perdida para ella.

La princesa y la señora de Fremicourt escucharon esta relacion dramática, que tomaba mas interés en presencia de la heroína.

---Y qué es del noble y buen doctor Samuel? preguntó la señora de Matthisesen. Le ha colmado Dios de felicidad por tanto desinterés y sublime abnegacion?

La señora de Lewardeen dejó escapar un suspiro, un vivo rubor cubrió el rostro de Juana y hasta brilló una lágrima en sus ojos. Desde este

momento se dispararon todas sus alegrías y todos los triunfos de aquel día. Cuando volvió en sí, y se separó de ella su madre, sintió apoderarse de su corazón una tristeza profunda; sus lágrimas corrieron en abundancia, y prometió escribir al siguiente día sin falta á Samuel.

---Es menester que venga á París, dijo, y que participe de mi felicidad y de mi fortuna. Para él quiero ser hermosa, para él solo quiero ser célebre. Si la fortuna que ahora me sonríe, cumple sus promesas, que me parecen demasiado ciertas para que no se realicen, todo lo pondré á sus pies; pasaremos seis meses en París y seis en Frisia, en nuestra linda quinta de Nicolaasga.

---No duermes, Juana? preguntó desde el cuarto inmediato la condesa que oía á su hija hablar en voz alta.

—No, madre mia, respondió, y medio desnuda corrió al aposento de su madre y se acurrucó al pie de su cama.

—Oid los hermosos proyectos que he formado y quiero realizar, dijo; acumularemos todas las alegrías de la gloria y de la obscuridad; las repartiremos entre la Francia y la Holanda. Trabajaré en Frisia y publicaré en París; porque mi corazón no quiere ser mas ingrato con la Frisia, ni con Samuel. Si, que alegre y feliz día será para mí el en que vuelva á ver á Nicolaasga! Será preciso

que marchemos antes del otoño dentro de dos ó tres meses. Nada escribiremos á Samuel para sorprenderle cuando se esté paseando por los jardines de nuestra linda quinta. Yo daré el grito que servia para llamarnos en la época de nuestras escursiones por las praderas inmensas de nuestro país. El volverá conmovido y verá á Juana, á su querida Juana, adornada como otras veces con el vestido frisona. La alegría será completa, sobre todo en las pajareras y aposentos de nuestros insectos; todos me conocerán, los ganados, los pájaros y hasta mis bellas flores. Oh! mi corazón late fuertemente, con estos deliciosos pensamientos! Madre mia, madre mía, partamos pronto.

La condesa cubrió su rostro para no mostrar á su hija su turbacion y su dolor. Ay! aquella misma mañana habia escrito á su escribano dándole orden para que se vendiese la hacienda de Nicolaasga.

La jóven continuó parte de la noche retozando sobre el lecho de su madre y entregándose á mil proyectos de felicidad para ella y para su desposado. Vencida al fin por la fatiga, durmióse dulcemente y en una actitud encantadora á los pies de su madre.

La condesa no durmió, combatida por temores y presentimientos funestos, á pesar de los esfuer-

zos para ahuyentarlos, y de la conviccion de que eran quiméricos é insensatos.

Al despertar Juana al siguiente dia su primer cuidado fué pedir los diarios, deseosa de leer la opinion ó mas bien los elogios que espresarian acerca de su triunfo. No sin gran sorpresa vió que muchos de ellos ni aun cuenta daban de la sesion del instituto y la mayor parte se contentaban con mencionar sin comentarios ni reflexiones los nombres de los dos premiados. Sin embargo, algunos habian menos lacónicos y que hablaban «de la hermosura de Juana, y de las esperanzas que prometia el primer ensayo de un jóven, cuyo talento, todavía lleno de inesperienza, no carecia sin embargo de facilidad y de cierta gracia.» Parecia que todos se habian puesto de acuerdo para reproducir este pensamiento, poco mas ó menos bajo la misma forma y con las mismas palabras.

Tres periódicos se esceptuaban de esta superficialidad, pero estos tres periódicos eran exclusivamente ministeriales. Los dos primeros se mostraban mas pródigos de elogios para Juana, contentándose el tercero con citar entera la composicion poética.

Tan poco entusiasmo, tanta indiferencia, vertieron sobre la alegria de Juana una tristeza fria que la helò, y produjeron en su felicidad la destruccion que una granizada inesperada en un arbolito

en flor. Ella esperaba un brillante eco de los triunfos de la víspera... y apenas un débil murmullo heria sus oídos.

En cambio elogiaban mucho á Mr. Antonin de Laumenat, que habia compartido el premio con Juana, de modo que parecia que él solo habia sido el premiado. Uno de los periódicos que daba cuenta de la sesion, consagraba un largo espacio al análisis de su pieza de verso, como si él solo hubiese sido coronado, ó como si la academia, al distribuir entre él y Juana el premio, no hubiese querido mostrar mas que un acto de galanteria y de estímulo. Algunos periodiquillos insinuaban que el crédito y la proteccion del ministro habian proporcionado á Juana el premio de la academia, y preguntaban indignados cómo una corporacion tan ilustre habia podido sufrir la influencia del poder en una cuestion literaria! los mas hostiles iban mucho mas lejos, y hablaban con perfidia de la belleza de Juana y de las atenciones que le prodigaba Mr. de Fremicourt; en fin, los habia que cogian uno á uno los versos de Juana para someterlos á un análisis burlon, y disfrazando grotescamente las espresiones, daban por medio de chanzas crueles y groseras á las palabras maa inocentes, una significacion burlesca y arrojaban à manos llenas el cieno y el insulto sobre el poeta y sobre su obra.

Juzgaba de la desesperacion de Juana, que veia deshojarse así su bella corona, y que sentia desgarrada su frente por manos crueles. La cólera y la indignacion cubrian alternativamente su rostro de palidez y de fuego. Su seno se levantaba aceleradamente, sin que acudiesen las lágrimas á aliviarlo. Con sus heladas manos se oprimia su abrasada frente, y se preguntaba á si misma porque habia merecido tanto ódio y tantos insultos. Cuando su madre entró en el gabinete de estudio de Juana para avisarla que era tiempo de ir á casa de la princesa Matihæsen, como habian convenido la vispera, creyó que su hija estaba gravemente enferma, y no pudo ocultar sus temores.

—No es nada, madre mia, no es nada, se apresuró á decir Juana, sin revelar la causa de sus padecimientos porque no queria aflijir á su madre con tan cruel golpe.

Llamó á su camarera, y desplegó contra la pobre criada una impaciencia y un mal humor á que no estaba acostumbrada. Por tres ó cuatro veces Juana reprendió duramente y sin motivo, sin compadecerse de las lágrimas que provocaban su violencia y su agitacion nerviosa. Rasgó enfurecida un vestido que decia estaba mal cortado; hizo pedazos un abanico que no se abria muy pronto; tiró al suelo un pañuelo cuyo encaje le parecia demasiado almidonado. En seguida, lanzándose en

el coche llegó á casa de la princesa sin haber dirigido una palabra á su madre consternada.

Cuando entró en el salon donde se hallaban reunidas doce ó quince personas, se esforzó por reprimir su emocion; pero sus facciones se hallaban de tal modo descompuestas, que la princesa de Matthisen se informó con interés de su salud.

— Vuestros triunfos de ayer os han conmovido y agitado demasiado, señorita, dijo la princesa.

Mis triunfos, contestó tristemente Juana mis triunfos de ayer! Oh! bien cruelmente los he espiado esta mañana. Los periódicos..... no pudo acabar porque los sollozos cortaron su voz.

La princesa la abrazó afectuosamente.

— Consoláos, querida niña, contestó, aquí no hallareis sino corazones benévolos y simpatías sinceras. He reunido en mi casa algunas de las mugeres que se han conquistado con su talento literario una brillante reputacion. Todas se consideran felices y se envaneecen con la jóven hermana que la poesia acaba de darselas.

En efecto, estas mugeres cuyos nombres habian llegado llenos de gloria hasta en la soledad de Nicolaasga á oídos de la jóven frisona, rodeabanla y se esforzaron en consolarla.

—Es menester que no os aflijais de este modo por los ataques de vuestros enemigos, le dijo una de ellas.

—Enemigos yo?

—Sois jòven y bella, acabaia de obtener un gran triunfo, teneis rivales; es menester que os resigneis, señorita, á tener enemigos.

—Oh Dios mío! Dios mío! qué he echo yo? A qué precio es menester comprar la fama?

—Y todavía debeis tener á dicha el no haber sido tratada mas cruelmente, añadió una muger pálida y bella, la felicidad de mi matrimonio ha sido destruida para siempre por dos lineas fatales. Un hombre, cuyo amor habia rechazado, me ha calumniado infamemente, mi marido ha creido esta calumnia, y desde entonces el amor que me tenia, ha sido reemplazado por el resentimiento y el ódio. Vivo sola espiando una falta que no he cometido.

—Ah! no creais que la vida literaria es la felicidad de una muger, interrumpió otra, cuyas nobles facciones recordaban involuntariamente la fisonomia sublime en sus padecimientos, que los artistas bizantinos han dado á nuestra señora de los Dolores, á no ser por mis hijos, á no ser por la pobreza que me obliga á hondar penosamente para ellos mi surco literario, reconquistaria ávidamente mi obscuridad; me consagraria al arte de

la soledad y lejos de la sangrienta espiacion de la publicidad.

—Y yo, à quien Dios ha dado el don de la poesia, añadió una voz dulce y tierna, tengo que arrojar los versos que caen de mis lábios, y en cuya rima se formulan mis pensamientos, para escribir penosamente en prosa. Nadie quiere comprar mis versos. Al menos esta prosa, contraria à mi naturaleza y à mi talento, me da casi tanto como ganaria una hilandera, porque en cuanto à mis versos se niegan à pagármelos..... muchas veces he sentido no saber manejar mejor la aguja.

—Pero el arte no es la fortuna ni la felicidad para una muger.

—La felicidad? Preguntad à las que son jóvenes, bellas y ricas..... Ay! pobre ignorante, no sabeis que la vida literaria sobrepuja, por sus emociones y sus luchas à las fuerzas de una muger? Como las guerreras de la edad media es menester que se hagan hombres para soportar tan crecidos combates; si no triunfan como Clorinda, la varonil aventurera, sucumben como Herminia bajo el peso de una armadura demasiado fuerte. El menor choque las derribará en la confusion; serán atropelladas y holladas sin que nadie se cure de ellas. Escoger pues: hermafrodita ò vencida.

Y cada una añadía su dolor à esta enumeracion

de dolores, y todas sin embargo no confesaban enteramente sus pesares. Elías no revelaban las heridas ocultas de sus corazones; no decían á que precio habian pagado frecuentemente su reputación; ellas callaban los errores, las faltas, los remordimientos y las espiaciones que les habia valido un amor insensato de gloria.

En medio de este concurso de dolores y de lamentaciones, Juana sintió destrozado su corazón y su valor la abandonó.

—Oh! mi Frisia, mi dulce Frisia! decía, cuanto tardo en volverte á ver. Cuanto daria por volverme á hallar al lado de mi desposado, en la orilla de uno de tus lagos brumosos, y mi cabeza coronada con las flores del Kap-oor! Y permaneció pensativa el resto de la tarde. Ni la celebridad de las personas que la rodeaban, ni el interés que la manifestaban pudieron volverle su alegría. Como la corza de Virgilio, llevaba en su costado un dardo mortal, que nada podia arrancar. Además el horizonte de la gloria retrocedia sin cesar delante de ella; sus ojos se abrian al fin á la verdadera luz; así es que cuando por la noche se halló sola en el coche con su madre, se arrojó en sus brazos llorando.

—Volvamos á Frisia, madre mía! volvamos á nuestro dulce y apacible país para no abandonar-

lo ya; renunciemos à una vida que me causa miedo.

La señora de Lewardeen, respondió con lágrimas á las lágrimas de su hija.

= Ay! hija mia; es demasiado tarde, dijo. Es menester que marches adelante por la senda que has emprendido, ya no es posible retroceder; nuestros bajeles están quemados. Esta mañana recibí la noticia de que se había vendido nuestra casa de Nicolaasga, no nos queda mas salvacion que la de tu trabajo. Diez y ocho mil francos que me ha enviado mi agente constituyen todo lo que poseemos en el mundo. En Frisia éramos ricos con poco; Paris ha devorado en un año nuestra pequeña fortuna.

= Pues bien, madre mia, yo trabajaré, contestó Juana, que se sintió de repente llena de fuerza y de valor, seré digna de vos y de vuestro cariño, mi buena y santa madre. Sin vacilar habeis vendido por mí la casa que formaban toda vuestra fortuna... madre mia, no vereis frustrada la esperanza que os habia hecho concebir. Acepto la vida de lucha ante la cual me he colocado. Tendré fuerzas y valor, si sucumbo, me volveré á levantar. Conozco que me está reservada despues del combate la victoria; lucharé, pues, y seré esa Clorinda de quien hablan ahora mismo. La antigua sangre frisona no corre impunemente por mis venas. Nada mude-

camino de hierro de Versailles. De toda su familia, no le quedó mas que un recuerdo lleno de desesperacion y de terror!

Esta mujer, jóven todavía, y à quien Dios no quiere reunir aun con los amados seres de quien la ha separado, esta mujer, dijo, procura engañar su dolor con una incesante actividad. Todos los dias se la encuentra, poseida de la agitacion febril, recorriendo los barrios pobres de Paris y subiendo á las boardillas de los que padecen, que lloran como ella, para dulcificar su miseria con su caridad. Rica, consagra toda su fortuna á obras de misericordia; y á fuerza de fatigas y de buenas acciones consigue disfrutar por la noche algunas horas de sueño y de olvido; porque la soledad y la inaccion, son para ella un terrible sufrimiento; ellas la colocan en frente de su desesperacion; ellas le hacen oir los gritos de su padre y de sus hijos que agonizan entre las llamas. ellas le muestran á su marido, con uno de sus hijos en los brazos, levantándose, volviendo á caer y desapareciendo en medio del abrasado torbellino.

Así era el doctor Samuel. Habia perdido á la que veneraba como una madre, y á la jóven en quien habia colocado todas sus esperanzas de felicidad; las habia perdido de una manera mas cruel quizás que si la muerte los hubiera arrebatado,

porque ellas le habian abandonado, ellas eran las que le habian olvidado.

Cuando se detenía en este pensamiento sentía subir impetuosamente la sangre á su cabeza; su corazón latía con tanta fuerza que parecía querer salir del pecho, y una fiebre ardiente le devoraba. Entonces, como la pobre madre que acabamos de citar recurrió al movimiento y á las buenas obras. Montaba á caballo, iba de pueblo en pueblo para visitar las cabañas de los pobres, á consolar á los afligidos, curar á los enfermos, y según las sublimes y sencillas palabras del evangelio, vestir á los que estaban desnudos, dar de beber á los que tenían sed, y alimentar á los que tenían hambre. Ni el día ni la noche le detenían; por lejos que estuviese el lugar donde le llamaban, no vacilaba en ponerse en camino inmediatamente. Todos se admiraban de su caridad y hablaban de ella con veneración. Sin embargo, causaba estraneza que hubiese un poco de liga en tanto oro puro; y se preguntaban en voz baja como tan noble corazón podía ser accesible al interés personal.

En efecto, el doctor Samuel, que en otro tiempo despreciaba el dinero, y que parecía hallarse siempre demasiado pagado, cuando le pagaban, señalaba ahora un precio á sus visitas, y recogía exactamente todos los meses sus honorarios. El mismo afán desplegaban en curar al pobre que al

rico, pero era preciso, que el rico pagase por el pobre, Por lo demas apresurèmos á decirlo, miraba esta modificacion operada en el carácter del doctor, mas bien como una estravagancia que como una falta, y en nada habia alterado el respeto que todos profesaban á sus altas cualidades y á sus virtudes.

Samuel empleaba todo el dia en recorrer el pais: cuando volvía á la noche, su vieja criada le veia encerrarse en su gabinete, detrás de cuya puerta le oia contar su dinero y guardarlo en grandes talegos que enviaba con exactitud todas las semanas á la ciudad. Los ricos hacendados frisones remuneraban largamente las visitas de Samuel: como gozaba en el pais de una popularidad inmensa, no caia ninguno de ellos gravemente enfermo, sin que al momento no llamasen al doctor de Nicolaasga, sino para dar cuidados cotidianos que la distancia hacia imposibles, á lo menos para emitir su parecer en una consulta. Semejantes escursiones valian siempre á Samuel honorarios considerables, que él mismo hacia subir á una tarifa crecida. Una vez adoptada esta marcha, bastaronle seis meses para pagar los préstamos que habia contraído en la adquisicion de la quinta: redimió en seguida las porciones de tierra que habian sido vendidas y no tardó en restablecer toda la posesion en el estado que tenia antes que la condesa

la desmembrase. Entonces se presumió que el doctor, movido por el deseo de poseer toda la antigua fiuca de la condesa de Lewardeen, una vez conseguido este objeto iba á pararse y poner término á su sed de dinero. Nada menos que eso, y las suposiciones salieron frustradas. El doctor no mostró menos avidez, y hasta salió de su indiferencia y de su aversion á los negocios, asociándose á algunas empresas que hizo prosperar con sus consejos y sus cuidados inteligentes. Tres años, favorecido por los resultados mas felices, bastaron para proeurarle gran capital, que por otro lado le era inútil, puesto que en nada cambió su modesta manera de vivir. Lejos de eso cesó poco á poco de comprar flores raras para su invernadero, y de ajustar con los capitanes de los buques que desembarcaban, ora fuese Lemmer, ora en Harlingen, pájaros raros que llevaban de las islas. A no ser por los regalos que le hacian sus amigos los invernaderos y las pajareras se hubieran despoblado poco á poco; pero sabian que amaba apasionadamente estos objetos y que solo su nueva afición al oro le impedía rodearse de ellos.

Por lo demas, el doctor Samuel no era avaro con los pobres, y en nada disminuyó sus limosnas; solamente empleaba mas cuidado y severidad en la manera de distribuirla, pues ya no las repartia con la estremada prodigalidad que en otro

tiempo acostumbraba. Ahora reflexionaba antes y miraba de mas cerca, no dejándose sorprender ya por falsas apariencias; ni dando á la pereza lo que solo queria dar á la desgracia; antes especulaban con su honradez y su debilidad; ahora temian sus miradas de lince y la finura de su desconfiada reserva.

Tres años despues de haber partido la condesa y Juana, propagóse en la Frisia una gran enfermedad epidémica. Al desear una estensa laguna poco distante de Nicolaasga, las emanaciones pútridas que de ella se exhalaban, unidas á las nieblas no menos malsanas del otoño, produjeron en abundancia esas temibles fiebres tifóideas que acometen y matan en pocos dias. Aunque era grande la actividad de Samuel, el peligro la triplicó. Veíasele sin cesar ir de un pueblo á otro llevando consigo el consuelo y la esperanza; en todas partes le esperaban como un salvador. Alarmando el gobierno holandés con los estragos que esta enfermedad causaba, envió médicos para combatirla, pero rehusaban sus socorros para solicitar los del doctor de Nicolaasga, pues solamente en él tenian confianza. Por lo demas no era esta confianza el resultado de una preocupacion. amiliarizado con la naturaleza del clima y el temperamento de los frisones, Samuel hacia curas que parecian milagros aun á sus cólegas de Amsterdam y de la Haya. La

seguridad de su diagnòstica, la sabiduria atrevida de sus tratamientos, detenian al mal en su progreso, lo dominaban y triunfaban de él casi siempre. Mas de cuatro mil victimas del azote debieron la vida á Samuel. Asi es que, cuando cesò la epidemia, cuando, merced á la vuelta de la primavera y de una estacion mas favorable, desapareció con las causas accidentales que la habian producido, el nombre de Samuel fue mas venerado y popular que nunca.

Por lo que hace á él ni un momento se alteró su sangre fria; no se le vió apurarse ni desmayar delante de la enfermedad. Siempre tranquilo, siempre activo, examinaba la enfermedad, prescribia lo que debia hacerse, decia algunas palabras de consuelo para animar al enfermo y prometia volver pronto. Parecia multiplicarse, frecuentemente lo comparaban con el bienaventurado Druon, santo flamenco, cuya memoria han guardado hasta los paises protestantes y que movido por su ardiente caridad hallábase á la vez durante la peste, en la ciudad y en el campo para exhortar á los moribundos y darles su bendicion episcopal.

Una noche que, segun su costumbre, el doctor Samuel disponia muchas talegas de dinero para enviarlas á su banquero de Amsterdam, y contaba con placer las sumas considerables que habia

ganado, su ama de llaves corrió a decirle que un extranjero deseaba hablarle. Samuel mandó que introdujeran inmediatamente á la persona que venia á visitarle tan tarde.

—El señor gobernador de la Frisia, dijo la frisona haciendo una profunda reverencia.

—Señor doctor, dijo el gobernador, S. M. ha sabido por mí el bien que habeis hecho al país durante la epidemia que lo desolaba, y se digna manifestaros su satisfaccion con una carta autógrafa y con la òrden del Leon de plata. Hé aquí la carta y la cruz que el rey me ha mandado ponga en vuestras manos. Caballero Samuel Cordier, permitidme que os dé el abrazo.

El gobernador abrazó á Samuel enternecido, y ató en sus botones una cinta azul [con cordoncillo color de naranja, despues de lo cual entregó al doctor la carta del monarca.

—Esta carta escrita toda por la mano del rey, felicitaba y daba las gracias á Samuel en los terminos mas afeetuosos y lisongeros, acompañando un despacho que daba al doctor el título de médico particular del principe. «Habeis salvado á los hijos, es un deber para el padre el adoptarlos»,añadia el monarca hablando de este tercer favor!

—¡Ay! exclamó interiormente el doctor, estas gracias y estas recompensas no me causan alegría,

por que no tengo ya en el mundo quien se regocije y participe de ellas.

Algunas lágrimas se desprendieron de sus párpados, y sus ojos se dirigieron involuntariamente hacia el retrato de Juana que se hallaba en frente de su bufete. En tanto que el doctor se entregaba á estas emociones, el gobernador fijó la vista en los talegos de dinero que cubrían la mesa, y una sonrisa entreabrió sus labios.

En seguida alargando la mano á Samuel, le dijo:

—Os amo y os venero, señor doctor; pruebas irrecusables he dado al solicitar del rey los favores que S. M. acaba de concederos; permitidme, pues, dirigiros una pregunta que resolverá un problema inexplicable para mí. Cómo vos, que sois tan noble y tan generoso; como vos, que por tanto tiempo habéis profesado un desinterés sin ejemplo, habéis podido tomar tan estremada pasión por el dinero? Todo el país, lo mismo que yo, ve este problema sin comprenderlo.

Un vivo rubor apareció en las mejillas de Samuel, vaciló algunos instantes y respondió: he hecho un juramento á la cabecera de la cama de un moribundo y desde luego conocí que para cumplir este juramento era preciso que fuese rico: al fin he llegado á serlo.

—Se á que juramento aludis; todos conocen vues-

tra historia en el país, y me han contado vuestro generoso comportamiento para con la familia de Lewardeen, así como la ingratitud con que habeis sido recompensado. Pero el casamiento de Juana no os absuelve de vuestros juramentos? ..

=Juana! el casamiento de Juana! exclamó Samuel anonadado, como si hubiese sido herido por un rayo.

=Perdonadme, doctor, perdonadme, pero no creia que la condesa hubiese llevado él olvido del decòro hasta formar esa union, sin daros parte de ella. En cuanto à mi, la he sabido por la peticion que me han hecho por conducto de la embajada francesa, de los papeles necesarios para el casamiento de la señorita Juana de Lewardeen con el secretario del ministro, Mr. Fremicourt.

Samuel levantò su cabeza pàlida y descompuesta.

—Perdonad mi debilidad, dijo con voz alterada. Al ver partir à la señorita de Lewardeen para Francia me persuadi que la perdía para siempre, y sin embargo no sé que vaga esperanza quedó en mi corazon que volveria un dia à Frisia. Temia por ella la decepcion de sus esperanzas: deciàme à mi mismo: volverà: à mi desgracia, y la consolarè.... Dios me ha castigado por este pensamiento egoista, pues despues de darla la celebridad que ha ido à

buscar, la une con un hombre de alta posicion y rico sin duda. Hágase la voluntad de Dios!

—Animo, amigo mio, animo!

Samuel derramó un torrente de lágrimas y dijo despues de un largo silencio:

= Nada temais: he dejado ya de ser débil: pasada la primera crisis me siento fuerte y resignado. Ay! estoy demasiado acostumbrado al dolor y á la desgracia.

En efecto, sin la palidez que cubria aun su rostro, el gobernador no hubiera hallado ninguna huella de la emocion cruel que experimentaba Samuel. Alejando toda alusion á la noticia fatal que acababa de recibir, habló con suma calma de las medidas que debian tomarse en el pais para evitar la reparicion de la epidemica, é indicó al gobernador encantado de la vasta erudicion y sobresaliente talento de Samuel, se despidió de él despues de una conversacion de muchas horas, y diciéndole al darle la mano:

—Señor doctor, consideradme como un antiguo amigo. Me honro con serla vuestro, y os pido como un favor un poco de vuestro afecto; soy un viejo soldado, y jamás he visto valor semejante al vuestro; pues indudablemente hay menos bravura en oir silbar las balas al rededor de nuestra cabeza, y hasta en soportar la amputacion, que en luchar

contra la desgracia como acabais de haer. Hasta la vista, amigo mio, pues pienso visitaros mañana, y frecuentemente y siempre.

Luego que el gobernador se retiró, Samuel fué á arrodillarse delante de un crucifijo de marfil, herencia venerada de su madre, despues juntando las manos é inclinando la frente:

= Señor, dijo, señor, no me atrevo á pedir os que abrevieis las desgracias que os dignais enviarme, y sin embargo sucumbo bajo el peso de ellas. Ay! vuestro divino hijo separó la cabeza del cáliz de amargura, y yo que no soy más que un débil mortal, os suplico que no me deis á beber tanta hiel. Y vos, madre mia, vos que ois mi voz, pedid al todo poderoso, por los méritos del Redentor, que luzca al fin para mí el día de la libertad, y me reúna á vos en el cielo.

Desde esta noche funesta, el doctor Samuel volvió á su primera indiferencia con el dinero. Deseuidaba los asuntos a los cuales se había asociado y reusaba los honorarios que sus clientes le ofrecian.

= Dad esto á los pobres, decia, los pobres son mis tesoreros.

Cuando se le encontraba caminando á caballo, veíasele con la cabeza inclinada, como si estuviese absorto en una meditacion profunda; su vista no se animaba sino al lado de la cama de un enfermo.

Entonces brillaban sus ojos; su cabeza se erguia, su voz era firme y hasta parecia rejuvenecerse. Cuando volvia à su casa se abatia y caia en una tristeza profunda. A no ser por el celo que desple- gaban su vieja ama de llaves, sus amigos y sus ve- cinos en cuidar el parque, los jardines y las paja- reras, la quinta de Nicolaasga hubiera caido en un estado absoluto de degradacion, porque su pro- pietario no se ocupaba absolutamente de ellas; antes bien evitaba su vista tanto cuanto podia, saliendo desde el amanacer y no volviendo sino despues de anohecido.

El gobernador que le habia tomado mucho afecto, venia frecuentemente à buscarle para acom- pañarle en sus escursiones ò para conducirle à una casa de campo poco distante de Nicolaasga. Insensiblemente Samuel estableció su domicilio en esta casa de campo, y concluyó por no volver à su propia habitacion. La amistad del goberna- dor y de su mujer, jóven, buena è instruida, la ausencia de los lugares que le recordaban, à Jua- na, acabaron por triunfar de la tristeza de Samuel y por volverle una especie de serenidad. Jamàs apareció en sus labios la más leve sonrisa. Pero experimentaba una grande alegría en jugar con los hijos del gobernador, cuya educacion dirigia en gran parte. Para complacerlos Samuel se habia hecho gran jugador de volante y de trompo. Cada

dia inventaba un nuevo juego, y se le veía gravemente ocupado, cuando tenía un poco de lugar en rodar un aro lleno de cascabeles ó en hacer maniobrar á un ejército de soldados de madera. Conciliaba los estudios con los juegos, y el preceptor confesaba francamente, que sus cuidados quedaban improductivos comparados con los del doctor. Samuel hallaba gran consuelo en estas ocupaciones sencillas porque refrescaban su corazón y dulcificaban la amargura de sus recuerdos.

Dos años habian pasado desde este feliz cambio y cuatro que Juana habia dejado la Frisia, cuando una mañana entrò precipitadamente Samuel, al rayar el dia en el aposento del gobernador.

—Amigo mio, es menester que me deis inmediatamente una prueba de vuestro afecto.

—Ya sabeis el deseo que tengo de probaros mi amistad, mi querido doctor. hablad.

—Cuánto pensais que vale mi casa de Nicolaasga?

—Bien valdrà cerca de veinte florines.

—Pues bien, comprádmela por diez mil; no, prestadme diez mil florines y encargáos de venderla lo mas caro que podais. Necesito dinero, mucho dinero. Pedid al rey una recompensa necuniaria por los servicios que ha

al país. No teneis aqui alguna persona eficaz que pueda recojer en la provincia todos los honorarios que me deben?... dinero! dinero! Daria toda mi vida por dinero.

—Qué teneis, querido doctor? De qué procede esas ideas y esa agitacion?

---Hace poco tiempo que buscaban un médico que quisiera partir para las posesiones holandesas de Surinam. Si quieren pagarme bien y adelantado solicitarè esta plaza para mi. Partiré dentro de algunas semanas; tan pronto como vuelva de Francia, continuò Samuel sin oir las preguntas del gobernador. Entre tanto dadme diez mil florines, os los pido de rodillas.

---Nada mas fácil, he aqui una carta órden de dicha suma para mi banquero de Amsterdam....; pero ese viage á Francia!

=Una hora, un minuto de retraso, son crímenes para mi.

Cogió la carta orden de los diez mil florines, montó en un caballo que habia mandado ensillar, partió á galope dejando al gobernador en la mayor sorpresa, y preguntándose con inquietud si no estaba alterada la razon del doctor.

Entretanto Samuel continuaba corriendo sin cesar de espolear un momento á su caballo, hasta que aspeado por la fatiga y por la rapidez de una carrera insensata, le fué imposible proseguir ni

aun al trote, y destrozados los hijares por las espuelas del doctor y casi sin aliento, cayó, dando con el ginete en tierra. Samuel se levantó y corrió á la casa inmediata de un lahrador.

—En otro tiempo salvé la vida á tu hija, le gritó; dame un caballo, si quieres á tu vez salvar la vida de tu bienhechor.

El campesino ensilló inmediatamente un caballo, y Samuel volvió á partir con la misma rapidez furiosa.

Llegó en fin, á Lemmer; el barco de vapor acababa de salir del puerto hacia algunos minutos.

—Cien florines al marinero que me lleve al vapor.

—Yo lo haré, no por el dinero, sino porque habeis curado á mi padre.

Samuel se lanzó en el bote del marinero; y este hizo fuerzas de remos. El capitán del buque vió la seña de Samuel, y reconociéndolo, dió orden de parar; la lancha alcanzó al fin el barco de vapor.

—He hecho por vos lo que no hubiera hecho por el mismo gobernador; pero á no ser por vos hubiera perdido mi brazo derecho, y me hubiera visto imposibilitado de ganar mi subsistencia.

—Gracias, camarada: le replicò el doctor: si quieres todavia probarme tu gratitud haz que este viage sea ligero.

—Ganaré cuatro horas, dijo el viejo marino, y bajò á dar las órdenes oportunas donde estaban las calderas.

Pronto partiò el buque con la rapidez de una flecha; y no fueron cuatro, sino siete las horas que ganó. Samuel que no habia cesado de manifestar la mas viva impaciencia durante la travesía, saltó del buque, corrió á casa del banquero del gobernador, tomó los diez mil florines, partiò en posta para Rotterdam, se embarcó en el vapor que marchaba inmediatamente á Amberes, y se hizo conducir por el camino de hierro hasta la frontera francesa. Aqui, volvió á tomar caballos de posta, y llegó al fin á Paris, sembrando el oro á manos llenas para ganar algunas horas.

—A donde quiere su señorita que le conduzca? preguntó el postillon.

—Calle de S. Jorge número 18.

El postillon obedeciò, y los caballos llenos de sudor se pararon delante de la casa de la calle de S. Jorge.

---La señora condesa de Lewardeen? preguntò al conserje Samuel que se habia lanzado precipitadamente de la silla de posta.

El conserje respondió friamente:

---No conozco ese nombre; la persona por quien preguntais no vive aqui.

---Pero ha vivido y podriais indicarme su nueva casa.

---Lo que decis puede ser exacto; pero yo no lo sé porque solo soy conserge de esta casa hace diez y ocho meses; voy á informarme.

En efecto preguntó á dos antiguos inquilinos, La condesa de Lewardeen se habia mudado hacia dos años á la calle de La Rochefoucauld.

Samuel volvió á montar en el carruaje y se dejó conducir á la calle de la Rochefoucauld. La condesa y su hija no habian vivido en esta calle sino seis meses, y al mudarse no dijeron á los vecinos su nueva casa. La única cosa que pudo averiguarse fué que habian pasado el Sena para establecerse al otro lado del rio.

Samuel no pudo contener un jesto de impaciencia y de dolor. Despues de un momento de reflexion mandó al postillon que le dirijiera al ministerio para ver al señor de Fremicourt.

=Al señor de Fremicourt? preguntò con tono chocarrero el conserge que habia oido esta orden. Sin duda ignora su señorita que hace quince dias que cayó el ministerio de que formaba parte el señor de Fremicourt.

—Entonces que me lleven á su casa.

=Su casa está cerca de aqui, miradla en es-

la misma calle, allá bajo; pero no hallareis á nadie. Hostigado por sus acreedores, arruinado por especulaciones sobre las rentas, el señor de Fremicourt ha partido precipitadamente antes que espire el plazo que asegura la inviolabilidad de los pares de Francia despues de cerradas las cámaras.

---Qué hacer! qué partido tomar, Dios, mio?

---Recurrir a la policia donde os darán indudablemente las señas de las personas que buscáis.

Samuel corrió á la policia, alli supo al fin las señas de la señora de Lewardeen: vivia á lo último del arrabal de S. Jacobo, en una de sus callejuelas laterales. Cuando llegó, la noche principia-
ba á cubrir á Paris y el doctor tuvo algun trabajo en encontrar la casa que le habían indicado. Era una de esas grandes habitaciones pobres y frias de aspecto, en las cuales viven aglomeradas centenares de familias de artesanos.

Al entrar preguntó:

= La señora condesa de Lewardeen?

— La condesa! dijo mofándose el portero en voz baja, buena condesa te dè Dios! Subid al sexto piso, hallareis una escalerita; la tercera puerta á mano izquierda en el fondo del corredor. Alli vive la condesa. La condesa! repitió nuevamente, la condesa!

Samuel subió la escalera tan pronto como pudo; el aspecto de la casa, las estúpidas chanzonetas de aquel hombre le helaban el corazón; subió una escalera sucia, húmeda y oscura. Cuando llegó al último piso, anduvo á tientas, contó las puertas y llamó cuando creyó haber hallado el cuarto que buscaba.

Una muger vino á abrir con una luz en la mano. Al ver á Samuel, dejó escapar un quejido sordo, y pensó desmayarse. En cuanto á él miraba esta muger con terror y casi sin conocerla. En efecto la pobreza y los padecimientos habian alterado cruelmente las facciones de la condesa de Lewardeen, sus cabellos ya canos, estaban envueltos en un mal pañuelo, su vestido caia en girones, los mas duros y toscos trabajos habian ennegrecido sus manos ya cayosas y feas.

---Samuel, dijo ella, Samuel, vos aqui, amigo mio! Os envia Dios para acabar nuestra espiacion y nuestro castigo. Guardáos de entrar y mostráos repentinamente á Juana: si antes no se la prepara, vuestra vista la matará. Ay! el mal que la consume ha hecho ya estragos demasiado crueles, es preciso no activarlos. Hace tres meses que una fiebre lenta la devora. No se pasan impunemente los dias y las noches trabajando!

---Como! la suerte os ha reducido á esta triste situacion?

---Juana no había podido dormir hacia tres noches, y no era solamente la enfermedad la que la tenía desvelada, sino la necesidad de trabajar; era preciso acabar un bordado para pagar nuestro miserable alquiler y subvenir á nuestra subsistencia. Estábamos sin recursos; el Monte de Piedad había devorado nuestros últimos muebles. En fin, hemos concluido este bordado, y Juana, vencida por la necesidad de sueño, ha caído en su cama, donde gracias á Dios, el sueño ha venido á darle algun olvido y reposo.

Samuel lloraba.

---Pero cómo habeis sabido nuestra indigencia, cuando hemos puesto tanto cuidado en ocultarla á todo el mundo, principalmente á vos?

—Un párrafo de periódico me lo ha dicho.

«Una poetisa joven, del mas sobresaliente ingenio, decía este periódico, muere en la miseria: el ministro que en otro tiempo se mostraba tan obsequioso ofreciéndole el brazo en la academia, no piensa siquiera en socorrer la indigencia de la señorita Juana de Lewardeen.»

—Cómo, hasta tal punto son públicas nuestra pobreza y nuestra humillación? Justicia divina! nuestro castigo sale de nuestra misma falta!

Escuchadme, Samuel, escuchadme, vos que habeis venido desde la Frisia para socorrer á dos desgraciadas tan culpables con vos, escuchadme, voy

á deciroslo todo, y esta confesion será otra espacion para mi..... Cuando Juana fuè premiada por la academia, creian que éramos ricas, y en efecto la manera con que viviamos debia hacer creer que poseiamos una brillante fortuna. Ay! devoramos lo poco que poseiamos! En nuestra loca esperanza, suponiamos que pronto los trabajos literarios de Juana centuplicarian ese patrimonio tan locamente arrojado al viento... Mas de una vez miramos con terror el abismo abierto bajo nuestros pies, pero era demasiado tarde para librarnos de él y ademas un resto de esperanza y de decepcion nos impedia siempre detenernos.

Los libreros y directores de periódicos no venian á buscar á Juana; y cuando acudió á ellos la rechazaron con desden.

—No es una persona célebre, ni adquiere un diploma de talento por haber sido premiada en la academia, le dijeron muchos de estos hombres; y ademas ¿dónde quereis hallar compradores ó lectores de versos?

Juana resolvió imprimir á su costa un volumen de poesias; pero nadie se acordó de este volumen, y las personas á quienes lo ofreció le dirigieron estériles felicitaciones, pero no se vendieron ni diez ejemplares. Estos gastos de impresion completaron nuestra ruina. Despues de haber to-

made una habitacion mas modesta, fué preciso buscar otra todavia mas barata. La mayor parte de los que se llamaban nuestros amigos, se alejaron de nosotros, no porque les confiáramos nuestra posicion, lejos de eso, la ocultábamos á todo el mundo como un deshonor; sino porque la pobreza se descubre, cualquiera que sea el velo con que se la encubra. Hasta un jóven que hacia mucho tiempo habia manifestado á Juana la pasion mas viva, despues de haberla pedido por esposa, se retiró de repente, y euando conoció nuestra verdadera situacion, nos trató con desprecio y se burló de nosotras. ¡Ay! bien merecíamos este castigo por nuestra ingratitud con vos..... ¿Qué mas os he de decir? agotados nuestros recursos fué preciso recurrir á las deudas, porque nuestro trabajo no podia sufragar nuestros gastos, aunque ya eran reducidos. ¡Deudas! si, Samuel, la viuda y la hija del conde de Lewardeen se vieron reducidas á vivir con este espantoso recurso. ¡Cuántas humillaciones tuvimos que sufrir! ¡Cuánta amargura apuramos! Un dia, nuestros acreedores recurrieron á los tribunales; los alguaciles se apoderaron de nuestros muebles, nos echaron de la casa y tuvimos que venir á refujiarnos á este desvan, donde no tenemos mas esperanza que la muerte. ¡Plegue á Dios concedérnosla pronto!

= ¡A qué vienen esos fatales pensamientos! Es

menester que volviéramos juntos a Prisa, donde todavía nos aguardan la felicidad y la calma.

La condesa se sonrió tristemente.

— ¡felicidad! repitió, ¡felicidad! Para pronunciar esta palabra es preciso, que veáis antes a Juana en su dormitorio; entrad sin hacer ruido, y después hablareis de felicidad, si os atreveis.

Al decir esto, la condesa abrió la puerta, y alumbró con su humeante vela de sebo el sitio obscuro á donde introducía á Samuel. Este se sintió helado de espanto: una mala mesa y dos sillas formaban todo el ajuar de este desvan, que recibía la luz por una sola ventana. Veíanse sobre la mesa unos palillos para hacer encaje, y al lado un pan y algunos restos de comida. Samuel buscó con la vista a Juana. La condesa hizo una seña y le mostró á la joven acostada sobre una estera, sin sábanas, sin manta, en el ángulo más retirado de la ventana. Juana yacía vestida sobre esta cama. Samuel se arrodilló sin hacer el mas ligero ruido, aproximó la luz á la joven y la contempló en silencio. Nada la quedaba ya de aquella hermosura que tanto habian todos admirado en otro tiempo. La pobreza lo habia destruido todo; los ojos estaban cóncavos, la frente sureada por arrugas precoces y sus facciones cubiertas de una palidez livida. Su sueño era inquieto é interrumpido por

movimientos espasmódicos; al ver el sudor frío que bañaba su rostro, conociase que era víctima de una fiebre violenta.

—¡Dios mío! murmuró Samuel, ¡Dios mío! es así como debía volver á verla!

Por un instante pareció abandonar su valor, pero después de haber dado curso á su dolor, recobró sus fuerzas y su serenidad.

—Tomad esta bolsa, dijo á la condesa de Lewardeen; escoged una habitación cómoda en la vecindad, es menester separar cuanto antes á esta desgraciada de estos tristes lugares. O mas bien, dijo, dejadme á mí este cuidado; disponed todo para que dentro de un cuarto de hora pueda Juana ser trasladada de aquí. Cuando despierte, preparadla dulcemente á esta temida y deseada entrevista.

Salió, y al quedar sola la condesa con su hija, se inclinó hacia ella para abrazarla. Juana abrió los ojos, miró á su madre y volvió á reposar su cabeza. Diez minutos después cuando Samuel volvió por ella, estaba entregada á un violento delirio; permaneció insensible al movimiento que habia á su rededor, y se dejó trasladar sin apereibirse, al parecer, de que cambiaba de habitación.

Samuel habia dispuesto precipitadamente una bastante cómoda y decente. Dió orden de que acos-

táran á Juana en la cama, y tuvo cuidado de procurarse ropa blanca y vestidos para la jóven y para su madre.

— Ahora, dijo, terminadas que fueron todas las disposiciones de instalacion, es menester que estudie los sintomas de su mal para combatirlos. Conviene que en la pieza inmediata espere un criado mis órdenes para ir á buscar los medicamentos que sean necesarios.

Fué obedecido.

Luego que quedó solo con Juana, se sentó al lado de la cama, cogió el brazo de la jóven entre sus dedos y se puso á consultar silenciosamente los latidos de su pulso.

Juana, que continuaba en su delirio, no se apercibió de la presencia de Samuel, y solo de vez en cuando levantaba la cabeza, miraba á su rededor como azorada y murmuraba palabras incoherentes é ininteligibles.



V

Arrepentimiento.

Durò este estado ocho dias, en los cuales Samuel no abandonó un solo instante à Juana. Con los ojos incesantemente clavados en ella, espiaba los sintomas del mal y los combatia paso á paso; al fin triunfó de él; manifestóse una mejoría sensible; la fiebre perdió su violencia, y los sintomas alarmantes eran cada vez mas raros. Una mañana, despues de haber pasado una noche tranquila, Juana llamó á su madre, levantó la cabeza y dirigió é su rededor miradas de sorpresa. Samuel, por la primera vez en el espacio de una semana, se habia retirado á descansar en un aposento inmediato.

— Madre mia, preguntó Juana con voz débil, y procurando coordinar sus recuerdos; madre mia, ha cesado ya nuestra pobreza, ó todos los pensamientos terribles que se agolpaban en mi memoria son sueños?

— Un amigo ha venido á nuestro socorro, hija mia: Dios tambien.

— Limosnas! todavía limosnas! Av! la muerte es preferible á esta humillacion.

— La mano, á la cual debemos nuestro bienestar, y hasta nuestra vida, Juana, puede socorrernos sin avergonzarnos! Samuel!

— Samuel! sabe mi verguenza, mi miseria! Samuel!... Oh! á esta idea siento abrasarse mi frente! Mi enfermedad va á cometerme nuevamente- Samuel! Samuel! si, le he visto en mi delirio; he sentido su mano quemar la mia! Samuel! Samuel!

La condesa de Lawrdeén volvió con gran trabajo alguna calma al espíritu de la pobre enferma, y largo tiempo estuvo cuidada por la crisis que no tardó en sobrevenir. El doctor logró conjurar los funestos efectos y al siguiente día Juana mas tranquila y sin otra incomodidad que un profundo abatimiento, pudo recibir á Samuel. Tendióle su mano y la apretó en silencio, mientras que gruesas lágrimas corrían lentamente por sus lividas mejillas.

— ni otras que en un aposento in-

Durante el primer periodo, Samuel habituó à Juana insensiblemente à su presencia, pero evitó tener con ella conversaciones de alguna duracion; y sobre todo puso un escrupuloso cuidado en alejar todo lo que pudiera hacer alusion à lo pasado. Cada vez que ella misma queria evocar sus recuerdos, se lo prohibia él inmediatamente con bondad y con su autoridad de médico, y hasta distraia su atencion por medios tiernos é ingeniosos y la rodeaba de cien mil bagatelas cuyo encanto realza la convalescencia. En efecto hallábase el aposento lleno de flores, pero flores inodoras, para que los perfumes no afectasen el cerebro todavia débil de Juana; apenas concebía un deseo, cuando lo veia realizado como por encanto. Una mañana en que el sol puro y radiante prometia un hermoso dia, propuso Samuel un paseo en coche. Juana accedió con alegria y pocos instantes despues los caballos de una berlina piafaban debajo de las ventanas.

La condesa y su hija se colocaron enfrente de Samuel, y los caballos partieron rápidamente. La jóven parecia renacer con el movimiento del carruage y con el fresco de un aire puro y libre; este aire produjo al principio en ella una especie de embriaguez, pero poco à poco sintió que recobraba sus fuerzas y su tranquilidad de espíritu; el su-

blime gozo de la convalecencia inundaba su corazón.

—Amigo mio, dijo, cogiendo las manos de Samuel entre las suyas, hasta ahora me habeis prohibido toda alusion á lo pasado, pero ya es preciso que vuelva á él mi vista, y esta será la espiacion de mi falta y de mi ingratitud.

Samuel quiso interrumpirla.

—No; es menester que lo sepais todo, insistió con firmeza; mi madre no os ha dicho todo: no os ha contado como el señor de Fremicourt proyectó sin mi anuencia ese casamiento que me hacía desleal y perjura con el hombre a quien tenia ofrecido mi corazón y mi mano. Una mañana entró en busca de mi madre.

—Vengo, dijo sonriendo, á hablar de un proyecto que destruirá muchas ideas romancescas. Bien sé que Juana querrá guardar una fidelidad importuna para ella á su antiguo amante y prometido esposo. Estas son preocupaciones vulgares que es preciso dejar en Holanda. Yo le proporciono otro esposo y con mi autoridad de ministro concluyo el casamiento de Juana y de mi secretario privado el capitán Janseul. Mis primeras palabras fueron una negativa; pero Fremicourt insistió, y quiso demostrarnos cruelmente cuanto nos separaba todo de vos, añadiendo: semejante negocio debe concluirse rápidamente y ser tomado por asalto. Asi

que, para no dejaros á una ni á otra tiempo de arrepentiros, he hecho venir de la Frisia todos los papeles necesarios. En Paris querida poetisa, un casamiento no es una novela, como en vuestra vieja proviucia, Janseul os ama, y no puede menos de agradaros, porque os he visto admirar complacida mas de una vez sus elegantes modales y su amena conversacion; ademas por ambas partes la fortuna....

—La fortuna? repliqué yo. Señor ministro, debo deciros que no poseo esa fortuna que me suponéis.

—Pero el boato de vuestra casa anuncia...

—Una riqueza que no poseemo. Llevada de una esperanza insensata hemos disipado todo el patrimonio de mi padre; y la pobreza ha tomado ya posesion de nuestra casa.

El ministro balbuceó, cambió de lenguaje y no habló mas de esta union que deseaba con tanto afan para su protejido... Pronto, Samuel tuvimos que renovar delante de todos la confesion cruel que habiamos hecho á Fremicourt. Hicimos esta confesion renunciando, de repente al género de vida que ostentábamos. Mucho tiempo hacia ya que habiamos suprimido nuestro coche, nos vimos revender parte de nuestros muebles; todavia esta nueva casita llegó á ser para nosotras demasiado

cara; y sobrevinieron las deudas con todos sus vergonzosos inconvenientes. Muchos de los que se nos mostraban mas afectos cuando parecia sonreirnos la fortuna, cesaron de visitarnos; el mismo ministro mudó de conducta respecto á nosotras; todos veian escrita sobre nuestra frente la palabra pobreza, y sin embargo era preciso soportar sin murmurar estas humillaciones, porque abandonar de todo punto el trato de las gentes, era perder la última esperanza que nos quedaba de ganar un poco de reputacion. La reputacion para nosotras era pan. Cuántas veces he devorado las miradas insultantes y las sonrisas burlonas que excitaban mi calzado lleno de lodo ó mis humildes vestidos!.. Y era preciso aparentar que no comprendia mi afrenta, sufrirla en silencio, sonreir y hacer versos. Por las noches, despues de la tertulia, si alguno no se compadecia de nuestra miseria y no nos llevaba en su carruage, teniamos que atravesar todo Paris solas, á pie, espuestas á la lluvia, al frío, á los insultos! Entre las personas que se mostraron compasivas y buenas con nosotras, estaba la princesa Matthisesen, noble dama estrangera que habia conocido en casa de Fremicourt. Casi siempre nos llevaba en su coche. Una noche tomó de mis manos el cartapacio que contenia mis manuscritos, y al devolvérmelo lo senti mas pesado. Cuando entré en casa lo abrí.... La princesa habia metido en él

un bolsillo lleno de oro... Me habia dado una limosna! Limosna! Todo mi ser trastornò... Ay! mi madre tenia frio, en casa no habia leña y hasta los acreedores de pequeñas sumas nos acosaban todos los dias: guardé el bolsillo llorando.

Pronto no nos fué posible salir de nuestro zaquizami, y tuvimos que recurrir á la aguja para vivir. En ninguna parte querian mis trabajos literarios; en todas me decian, cuando os hallais conquistado un nombre, venid... Mas de una vez me acometiò el horrible pensamiento del suicidio; lo rechazaba con horror, y à pesar de mi sùplicas á Dios, volvía á acometerme. Mi madre y yo pasábamos las noches y los dias haciendo encajes, cosiendo y nos considerábamos muy felices cuando no nos faltaba el trabajo...

—Y yo no existia en el mundo? Interumpió Samuel, por qué no pensábais en mí?

— En vos, Samuel? si, hubiera debido hacerlo; pero la vergüenza, el orgullo... es menester que confiese toda la estension de mi falta... me lo impedian. Si, mi jeneroso amigo, me hubiera muerto de vergüenza antes que revelaros nuestra indigencia... Y sin embargo habeis venido à salvarme de la muerte! habeis venido como un ángel protector en busca de la ingrata que tan cruelmente os habia ultrajado. Oh! cómo podré probaros mi arrepentimiento y mi gratitud?

—Partiendo conmigo para la Frisia Juana se estremeció.

—A la Frisia! á mi dulce y querida Frisia!

—No puedo ofreceros una suerte muy brillante añadió Samuel, pero hallareis allí un retiro pacífico y una existencia al abrigo de las agitaciones que tan duramente os han combatido. Quereis marchar mañana mismo para la Frisia?

Juana llevó con emoción la mano de Samuel á sus labios.

—Sois un angel del cielo, amigo mio, pues con una sola palabra y en un momento sabeis curar heridas de muchos años.

Nada me agradezcáis, antes bien quiero yo agradeceros el que partamos juntos mañana para la Frisia. La primavera nos convidaba. ¡Es tan hermosa en las placenteras márgenes del Nicolaasga!

A este nombre las dos mugeres se miraron con dolor.

—Partamos, Samuel, dijo la condesa, partamos, aunque mi hija y yo no podremos ver sin pesar los lugares donde en otro tiempo hemos sido ricas y felices. Jamás pasaré por delante de la casa de mi marido, sin que se despedace mi corazón.

Samuel no respondió.

—No importa, continuó Juana. Cualquiera

que sea nuestra existencia en Frisia será dichosa, porque estará bajo la protección de Samuel. Si, amigo mio, estoy contenta y tranquila debiendo todo á vuestra amistad; todo, hasta el pan que comeremos, hasta el techo que nos cobijará.... Dulce y cruel expiación de nuestros errores!

Sonrióse Samuel y respondió:

Mañana partiremos los tres para la Frisia; pero la casa que vais á habitar es la vuestra y no la mia.

La condesa y Juana le miraron con sorpresa.

—¿Mientras que luchábais con la pobreza en París, la fortuna os llegaba de Alemania y os esperaba en la Frisia. Hace tiempo que hubiérais sabido esta feliz nueva sino hubiéseis puesto tanto cuidado en ocultar las señas de vuestra casa á todas las personas que os conocian.

—¿Qué decís, Samuel?

Este contestó con firmeza:

—Digo que exajerais la gratitud que creéis deberme. Yo no tengo otro mérito que el de haber venido personalmente á anunciaros una buena noticia. Una tia de vuestro padre el conde de Lewarden, la marquesa de Taldenkren os ha legado en su testamento una suma de cincuenta mil florines.

---Dios mio! Dios mio! bendito seais, exclamó la condesa levantando las manos al cielo.

---Y porqué no nos habeis dado antes esta feliz nueva? preguntó Juana,

El doctor se ruborizó.

---En medio de la turbacion que me habia inspirado vuestra enfermedad, inquieto por vuestra vida, desesperado por la triste situacion que os habia causado tan crueles padecimientos he esperado hasta hoy. Y ademas queria que pudieseis saberlo de mi boca: queria ser testigo de vuestra felicidad y de vuestra alegria.....

--Samuel, interrumpió Juana, esa es una noble y santa mentira que fraguais; pero es inútil. Sé que la tia de quien hablais ha muerto; pero también sé que en sus últimos momentos no ha perdonado á mi padre ni ha dado muestras de amor hacia mi. La princesa Matthiæsen me habia dicho que la marquesa de Valdenkren habia muerto hacia once años. Sé mas todavia: sé que con vuestro talento y vuestro trabajo os habeis hecho rico. Generoso y desinteresado queriais hoy engañarnos y quitarnos hasta la gratitud colmándonos con vuestros beneficios. No, Samuel: esos beneficios los aceptamos ya sin rubor y con felicidad. Vos nos dareis un asilo en vuestra casa; seremos vuestros huéspedes. Mi madre lo será para vos, y yo seré como en lo pasado vuestra hermana.

— Mi hermana? repitió dolorosamente.

—Vuestra hermana! repitió Juana con firmeza.

Samuel no pudo reprimir un gesto de dolor; pero, haciendo un esfuerzo enérgico, pronto recobró las apariencias de la calma y la serenidad.

Cuatro días después, la condesa, Samuel y Juana se pusieron en camino para la Frisia, resolviendo viajar en jornadas cortas para no fatigar demasiado á la convaleciente, y que la silla de postas que los conducía pararía al anochecer y no volvería á correr hasta el siguiente día: de este modo llegaron á Amberes. En este puerto se embarcaron para Rotterdam en un barco de vapor. Jamás habían disfrutado una mañana más hermosa; el cielo estaba de un azul brillante y sin una sola nube; el Escalda, tranquilo y transparente, abría un ancho surco bajo la proa del vapor, y venía á precipitarse con murmullo melancólico en las ruedas puestas en movimiento por la máquina. Juana no tardó en salir de la cámara con su madre: ambas subieron á sentarse sobre cubierta en la parte de popa, bajo un toldo que las preservaba de los ardores de los rayos del sol.

—Querida Juana, dijo la condesa! al fin vamos á ver á nuestra Frisia! todas nuestras faltas, todos

nuestros errores están ya reparados por la ternura de Samuel.

—Si, añadió Juana: ha sido nuestro buen ángel, como lo juró á mi padre moribundo. Ha corrido á libertarnos de la miseria y de la muerte, y hasta quería por una delicadeza sublime, quitarnos todo motivo de gratitud, temiendo que nuestra felicidad no nos fuese penosa á costa de este agradecimiento.

—Y tú no has vacilado en causarle un cruel pesar. Juana! con una palabra le has quitado para siempre la esperanza de ser tu marido. Tanta virtud y ternura no te han detenido.

—Madre mia! dijo Juana bajando los ojos, amo á Samuel y le amo con toda la ternura de mi alma. Llevar su nombre, pertenecerle, seria para mi la suprema felicidad sobre la tierra. Pero es preciso que no sea solo Samuel el generoso y el desinteresado. La que ha de ser su esposa debe ser pura é irrepreensible delante de Dios y de los hombres. Es menester que no necesite perdon y olvido.... Mi deber es proteger á Samuel contra su amor hacia mi. Si yo me casára con él, madre mia, tal vez se acordaria de lo pasado; sentiria que la madre de sus hijos hubiese podido, incitada por el cebo de una frivola gloria, olvidar las promesas que ha hecho á su bienhechor. Si, le he sido des-
por un vano fantasma de gloria, y solo la po-

breza parece conducirme á él. Esta falta nos separa para siempre, por que es conocida de todos aquellos entre quienes vamos á habitar, y no la olvidarán, como hubiera podido olvidarla Samuel. No quiero, pues, que participe de la espiacion de mi falta, no quiero que tenga que sufrir una mirada dudosa, una alusion maligna á lo pasado.... dolorosa me es esta resolucion, madre mia; me desgarrá el corazon, os lo confieso; por que amo á Samuel como nunca le he amado, con todo el ardor de mi alma, con todo el poder de mis facultades. Ocultaré en el fondo de mi corazon un amor que no podrá hacerle feliz; buscaré y hallaré una jóven, hermosa, pura, irrepreensible y digna de amarle: tal vez entonces escuchará mi súplica, y consentirá en ser feliz sin mi.

—Juana, semejantes sentimientos son propios de un alma hermosa y noble, pero deben modificarse: Samuel te ama, y tú exageras las consecuencias de nuestros errores tan cruelmente espiados.

—No merezco ser su esposa, y le amo bastante para causarle pesares, mas bien que dejarle cometer una sola accion indigna de él.

La condesa procuró largo tiempo conducirla á otros sentimientos, pero Juana persistió en su resolucion, y hasta manifestó á su madre su designio irrevocable de no variar jamás de parecer, cuando

Samuel subiendo sobre cubierta las interrumpió.

Hubiérase dicho que acababa de saber alguna nueva feliz; la alegría radiaba en su semblante, y hacia vanos esfuerzos por dominar sus dulces emociones.

— Juana, semejantes sentimientos son propios de un alma hermosa y noble, pero deben moderarse: Samuel te ama, y tú exageras las consecuencias de nuestros errores tan cruelmente espiados.

— No merezco ser su esposa, y le amo bastante para causarle pesares, mas bien que dejarle cometer una sola acción indigna de él.

La condesa procuró largo tiempo conducirla a otros sentimientos, pero Juana persistió en su resolución, y hasta manifestó a su madre su designio irrevocable de no variar jamás de parecer, cuando

Partida.

Samuel declaró que convenia á la salud de Juana pasar algunos dias en Rotterdam antes de pasar para Amsterdam y embarcarse alli para la Frisia. La condesa y su hija consintieron sin oposicion. A medida que era menos grande la distancia que las separaba de Nicolaasga, apoderábase de ellas una tristeza profunda y dejábase traslucir en sus semblantes, á pesar de los esfuerzos que hacian para ocultársela mutuamente, y sobre todo á los ojos de Samuel. Cada una de ellas se decia interiormente que no iba á encontrar en Nicolaasga nada de la dulce existencia que habia pasado en otro tiempo. La linca quinta, situada on la margen de un lago inmenso, donde el conde habia exhalado el úl-

timos suspiros, pertenecia ya á personas estrañas, y en lo sucesivo tendrian ya que habitar lugares desconocidos y sin recuerdos. Y ademas iban á soportar las reconvenciones tácitas de sus vecinos, y la humillacion de volver pobres entre aquellos que los habian conocido en una feliz abundancia, y que en otro tiempo les habian profesado una deferencia respetuosa. En vano querian consolarse diciendo que todo esto era una justa espiacion de sus faltas, el pensamiento penoso que las acosaba no por eso dejaba de aflijirlas incesantemente. Mas de una vez, estuvieron á punto de retroceder delante de esta idea atormentadora y de suplicar á Samuel que las dejase vivir en Amsterdam; y hasta la misma condesa se aventuró á indicar algunas palabras de este proyecto á Juana; pero esta al punto suplicó á su madre que renunciara á él. Obrar así, dijo, seria una nueva prueba de ingratitud hacia nuestro bienhechor. Resignémonos, mi buena madre, á las consecuencias de nuestros errores por mas penosas que sean, y tratemos sobre todo de que Samuel no tenga que afligirse al saberlas.

Una semana pasaron en Rotterdam y Amsterdam. La vispera por la noche, del dia fijado para la partida, Samuel llevó á la condesa y á su hija vestidos frisonos de una estremada elegancia, y los *kap-oor* eran los mismos que llevaban antes de

su partida para París. En la mañana siguiente ambas se pusieron estos vestidos para cubarearse en un pequeño barco de vapor que no llevaba mas pasajeros que ellas y Samuel.

— Ya lo veis, dijo Juana al doctor, me he vestido con el traje frison que ayer me disteis, pero no habeis pensado, amigo mio, que era demasiado elegante y demasiado rico para viajar? Este velo de encaje tan magnifico, este corpiño de cachemira de la India, cuadrarian mejor á un dia de fiesta, pero no á una travesia en un barco de vapor.

Samuel se sonrió.

— Sin embargo, es preciso que os resignéis todavía, dijo, á poneros en vuestro cuello este collar de diamantes, y á que ciñais en vuestro brazo este brazalete cuyo modelo ha sido hecho por Eugenio Siminis, célebre estatuario de la Bélgica. Hart, ese joven grabador que hace obras maestras, ha accedido por la amistad que me profesa á cincelarlo. En fin, para que el frio y la humedad del Znyderzeé no pueden echar sobre vuestros hombros su peligrosa frescura, ponéos sobre ellos este manton que me ha traído de la India un capitán de navío, que me debia la cura de su hija única.

— Samuel, toda esa prevision y todos esos finos obsequios, aumentan mas mis remordimientos.

— El hijo pródigo, dijo el doctor, cuando volvió á casa de su padre, no tenía remordimientos. Sabia el gozo que experimentaría su padre al abrazarlo. No soy para vos un padre?

Enternecida Juana, le alargó la mano; Samuel la llevó á sus labios.

Después de algunos instantes de silencio, cogió una biblia y se la dió á Juana.

— Hé aquí el consolador y guía de los cristianos, consultadle, interrogadle hasta que lleguemos á Lemmer y volvamos á vernos en Nicolaasga: él os preparará á las emociones que allí os aguardan, y dulcificará la amargura que podrían tener para vos.

Dejó el libro santo sobre las rodillas de la joven, retiróse á la cámara de popa, y no volvió á presentarse sobre cubierta sino para ayudar á las dos damas á bajar del barco, enfrente de su quinta de Nicolaasga, pues el vapor subió las canales y el lago, hasta este sitio.

La noche principiaba á estender sus sombras, y no permitia distinguir sino de una manera confusa, un grupo que se entreveía delante de la quinta.

En el momento de desembarcar, las personas que componian este grupo se adelantaron, y la condesa reconoció al cura del pueblo, al gobernador de la Frisia, al burgomaestre y á los mas ri-

cos hacendados del país. Saludaron todos á los viajeros; el cura alargó afectuosamente la mano á Juana, y el gobernador presentó su brazo á la condesa. Formóse en seguida como una especie de cortejo, al cual el cura servía de guía. El acompañamiento se dirigió silenciosamente hácia un edificio poco distante, muy sencillo, y que ni Juana ni su madre pudieron conocer, porque había sido construido desde su partida de la Frisia. Dos lámparas alumbraban una gran pieza, en la cual entraron; un anciano estaba de pie delante de una mesa, donde había un gran libro y avios de escribir.

El burgomaestre se colocó solemnemente enfrente de Juana y de Samuel: los testigos de esta escena se colocaron á los lados de los viajeros.

Entonces el anciano cogió una pluma del tintero, y se la entregó á Juana, invitándola á firmar los papeles que le presentó. Tocóle en seguida el turno á la condesa, á Samuel y otras personas que firmaron igualmente.

Juana quiso dirigir una pregunta, pero Samuel se apresuró á interrumpirla con un ademán misterioso.

—Habiendo acabado ya el señor notario, dijo el burgomaestre, vamos á proceder á la ceremonia

civil. Juana de Lewardeen, consentis en recibir por marido á Samuel Gordier?

Juana lanzó un grito de sorpresa y casi de espanto; vaciló un momento, y miró con ansiedad á Samuel que fijaba en ella sus ojos suplicantes y llenos de lágrimas.

—Si, dijo con voz firme: si, acepto los nobles beneficios del hombre generoso que no ha cesado de ser mi ángel tutelar, aun antes que yo hubiese nacido. Si, señores, y los acepto porque le amo, porque seré feliz consagrando á mi vez mi vida entera á su felicidad, Samuel, mi amigo, mi esposo, dadme vuestra mano, y reciba Dios nuestros juramentos.

El burgomaestre despues de haber enjugado una lágrima que turbaba su vista, acabó de llenar las formalidades legales, y pasaron en seguida á la capilla, que comunicaba por una puerta lateral con la casa del Comun.

El ministro bendijo la union de los nuevos esposos, y terminó la ceremonia con una corta allocucion.

Señora, dijo á Juana, haciendo una baka alusion á lo pasado, Dios os da en este momento la verdadera felicidad, y ya no teneis decepciones que temer. En la necesidad de amor que experimenta vuestra alma, la maternidad sabrá llenarla toda entera: porque la maternidad es un amor sin es-

repcion, y hasta sus dolores sublimes ofrecen una friccion anticipada de las alegrías cáutas, y emociones indecibles de la Jerusalem inmortal.

Concluida la ceremonia, Samuel presentó su brazo á Juana, y la condujo á una casa que la joven reconoció palpitándole el corazón, porque era la misma donde había pasado tantos años felices. No sin gran sorpresa, vió abrirse la puerta de esta casa, y en su umbral á los mismos criados que la servían cuatro años antes. Con una alegría inesplicable y que rayaba casi en delirio, se lanzó en cada una de las habitaciones; nada había cambiado en ellas. Todos los muebles habían vuelto á tomar sus respectivos sitios, y hubiérase dicho que solo había pasado una ausencia de algunos dias. Samuel la seguía en esta visita rápida y gozaba con su sorpresa; Juana le cogió las manos y llevándolas á sus lábios exclamó: — Cuánto te amo Samuel! cuánto te amo.

Si place al lector dejaremos pasar cinco años. Una mañana sentada Juana en el jardín, al lado de su madre contemplaba sonriendo á dos niñas que se refocilaban sobre la yerba y cuya risa infantil y alegre resonaba deliciosamente en su corazón con una melodía que no hubiera tenido para ella la mas esquisita música. Las loquillas rivalizaban en ligereza con la corza domesticada que perseguían, y la cual se paraba descaradamente en su

fuga para comer algunos tallos de yerba que la lentaban....

De repente se volvieron á refugiarse al lado de su madre. Un extranjero acompañado de una dama que bajó de un coche, preguntaba por el doctor Samuel. Juana no pudo reprimir un movimiento de sorpresa porque eran el principe y la princesa de Matthisesen, que habia visto en otro tiempo en Paris.

Estos no conocieron á Juana, á quien la maternidad y la dicha habian dado una hermosura llena de magestad y de gracia inefable.

—Vengo á solicitar los auxilios y los cuidados del doctor Samuel para una persona que los necesita, ay! demasiado. Solo vuestro marido puede dar algun alivio á sus padecimientos. Llegamos espresamente del Haya para suplicarle que intente una cura, la cual apenas nos atrevemos á esperar.

En este momento entró el doctor. Sus dos hijas corrieron á su encuentro para abrazarle. — Juana olvidando la presencia de los principes siguió á las niñas y presentó su frente á los labios de su marido; en seguida se asió de su brazo, mientras las niñas se apoderaban de sus manos; en medio de este grupo encantador el feliz Samuel se dirigió hácia el principe.

La felicidad, la paz y la salud se veían clara-

mente en el semblante del doctor que parecia gozar una nueva juventud. El principe espuso en pocas palabras el objeto de su visita.

—Señor, respondió Juana, mi marido se considerará muy feliz en servir á S. E. el principe Matthiæren.

Al oir pronunciar sus nombres el principe y su muger miraron á Juana llenas de asombro.

=Luego V. A. olvida sus beneficios, continuó Juana. No se acuerda ya de un bolsillo lleno de oro que deslizò misteriosamente una noche sobre las rodillas de una pobre jóven?

=Juana de Lewardeen?

—La esposa del doctor Samuel Cordies, su feliz esposa!

—Qué brillo debe haber adquirido vuestro talento, tan brillante ya hace seis años! Estoy impaciente por conocer vuestras nuevas obras.

=He aqui mi poesia, contestó Juana presentando las dos cabecitas rubias que se apretaban contra ella. Ante las sublimes ternuras de la maternidad, las emociones del arte son frias é insuficientes para el corazon de una muger. Hace cinco años que mis únicos versos son canciones para dormir á mis hijos!

Aqui termina la historia de Juana de Lewardeen, pero no mis apuntes sobre los Países Bajos. Mas de una vez, queridos lectores, recorremos

todavía juntos este delicioso país; todavía saludaremos con emoción las poblaciones hermosas, nobles, ricas y fecundas, cuyos nombres resplandecen en el mapa de Holanda como las estrellas en el azul del cielo.

FIN DE LA NOVELA.